



REDACTORES Y COLABORADORES EN TODAS LAS REGIONES DE ESPAÑA

Año II. — Número 7

PRECIO: UNA PESETA

ÍNDICE

DE ESTE NÚMERO

	<u>Páginas</u>
<i>Armando Palacio Valdés.</i> —La Abeja	2
<i>G. García-Arista y Rivera.</i> —Alma-Azul (Cuento premiado en el Concurso de LETRAS REGIONALES.	8
<i>Antonio Reyes Huertas.</i> —Cuenta saldada.	13
<i>Vicente Díez de Tejada.</i> —Cancionero popular: La palabra	20
<i>Constantino Cabal.</i> —Del Folk-lore de Asturias: Los presagios del Amor.	23
<i>Concha Espina.</i> —La medalla	25
<i>María Sepúlveda.</i> —La mujerina	27
Cuentos aceptados en el Concurso	31
<i>Luis Antonio de Vega.</i> —Vaticinio	32
<i>S. Ramos Almodóvar.</i> —El Ermitaño de Córdoba. (Principia a pu- blicarse esta novela)	33
Teatro y cinematógrafo:	
<i>Jorge de la Cueva.</i> —«La boda de Quinita Flores»: Un efecto de ambiente	37
<i>Fernando Luna Arenaz.</i> —Algo sobre la película «Nobleza Baturra».	38
Libros:	
<i>José de Orellana.</i> —Después de haber leído «Santa Rogelia»: El viejo arcón	40
<i>Jesús Pabón.</i> —En torno a «Sembrad...» de Cristina de Arteaga	41
Leyendas Revistas y periódicos	43
Crónicas:	
NAVARRA: <i>La Junta de la Sociedad.</i> —«Los amigos del Euskera»	
GALICIA: <i>Eugenio Carré.</i> —Letras gallegas: Los escritos en prosa.	45
Muchas cosas en pocas líneas	47
Literatos Nuevos:	
<i>Ares-Nif:</i> De mi guitarra: Corazonadas.— <i>Jesús Riego:</i> Mi envío.— <i>Miguel Hervella Urdániz:</i> Espejismo.— <i>Fernando G. Machado:</i> ¡De esa mujer...!— <i>Antonio Moreno:</i> Un pastor en la montaña	48
<i>Ilustraciones de Antonio Blanco Lon.</i>	

Para anunciar ventajosamente en LETRAS REGIONALES dirijase a

“PUBLICITAS”

AGENCIA INTERNACIONAL DE ANUNCIOS

<p>MADRID: AVENIDA CONDE PEÑALVER, 13 APARTADO, 911</p>	<p>BARCELONA: RONDA DE SAN PEDRO, 11 APARTADO, 228</p>
--	---

LETRAS REGIONALES

REVISTA MENSUAL

REDACTORES Y COLABORADORES EN TODAS LAS REGIONES DE ESPAÑA

Novelas, Cuentos, Leyendas, Poesías, Ilustraciones, Historia literaria, Críticas, Páginas femeninas, Folklore, Crónicas, Sección "Literatos Nuevos", Concursos, Bibliografía, & &

DIRECTOR: S. RAMOS ALMODÓVAR

COLABORADORES: Armando Palacio Valdés, Serafin y Joaquín Alvarez Quintero, R. Alcover, G. Alvarez Limeses, F. Arocena, J. Arrarás, F. J. de Arvizu, M. R. Blanco-Belmonte, A. Blanco Lon, J. Barcia Caballero, Constantino Cabal, Arturo Campión, Carmen Carriedo de Ruiz, Eugenio Carré, Luis de Castro, Antonio de Cora, Juan Luis Cordero, Carlos Luis de Cuenca, Jorge de la Cueva, «Curro Vargas», Luis Chamizo, G. Díaz Caneja, Narciso Díaz de Escovar, V. Díez de Tejada, Concha Espina, Eladio Esparza, J. Fernández y González, M. Fuentes Jorge, G. García-Arista y Rivera, F. Castán Palomar, Juan Jesús González, Macario Golferichs Losada, Juan Gutiérrez Gili, M. Huerta Marín, Publio Hurtado, José M.^a Iraburu, Benjamín Jarnés, Lorenzo López Cruz, J. López Prudencio, Luis G. Manegat, «Maricruz», Angel Marina, Augusto Martínez Olmedilla, José M. Matheu, «Mirabal», A. Montenegro Saavedra, Luis Montoto, J. Ortiz de Pinedo, Rafael Pamplona, A. Peláirea, José M.^a Pemán, Huberto Pérez de la Ossa, Antonio Porras, Emiliano Ramírez Angel, A. Reyes Huertas, Lorenzo Riber, Ramón Robles, Julio Santa María, María Sepúlveda, Yago-César de Salvador, Manuel Siurot, Ignacio Socías Aldape, Francisco Valdés, J. de la Vega, Luis Antonio de Vega, A. Villar Ponte, Tomás Yoldi Mina, José Zalba y otros muchos.

Oficinas: Encarnación, 19. — CÓRDOBA (España)

Precio de suscripción anual: en España, Portugal y América, 12 pesetas. Extranjero, 20

AL EMPEZAR

EN EL RINCÓN PROVINCIANO...

En el rincón provinciano, se ha encendido una luz...

Con nobles anhelos e ilusiones desplegadas, sale al mundo de los lectores ibero-americanos la revista LETRAS REGIONALES. Ni de trascendentales iniciativas, ni de programas largos y enrevesados, hace alarde la nueva publicación, en su comienzo. Sencillamente, venimos a reflejar el sentimiento puro y hondo que late con vigorosa personalidad en cada una de las Regiones españolas, encumbrándolas hacia el Arte, bellamente y por todos los medios expresado.

Después de un casi general letargo, se levanta briosamente el espíritu regional de España. Bendito sea este resurgimiento que mira a las pasadas grandezas, y se apoya en su memoria para crear grandezas nuevas.

Los lenguajes gloriosos, los trajes pintorescos, las monumentales riquezas, la poesía y costumbres populares... Todo esto se fortalece y se saca a luz, con valeroso estímulo, en estos días. Salvo muy pocas excepciones, los más grandes éxitos actuales, el arte regional los consigue.

Esta revista, exclusivamente dedicará sus páginas a propagar la literatura y el arte de las Regiones españolas. A muchos y muy notables escritores debemos gratitud porque nos honran con su prestigio, guiándonos en la empresa. Dentro de las normas que la Religión y la Patria nos fijan, de todos aceptaremos colaboraciones y consejos. Entre el gran número de publicaciones ibero-americanas, nace hoy una más que con todas quiere vivir amistosamente.

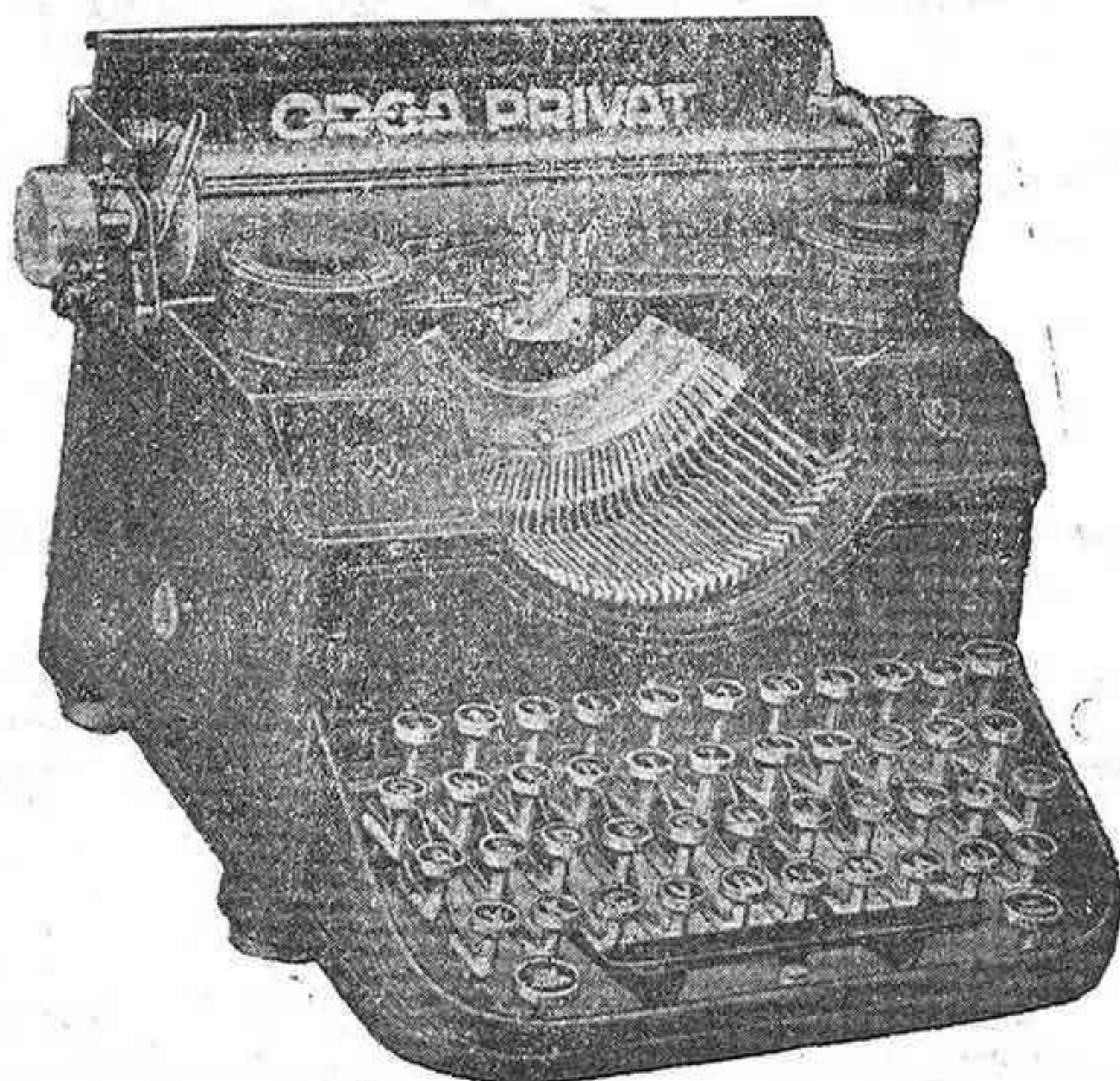
Tanto en la forma como en el fondo, grandes reformas caben en LETRAS REGIONALES. Si los literatos españoles y los amantes de literatura y el arte regional quieren, todas esas reformas serán, poco a poco, realidades.

En el rincón provinciano, tranquilo y apacible, se ha encendido una luz... Que sea desde cerca, lumbre acogedora de hogar. Que brille desde lejos con fulgores de estrella...

(Del número 1 de LETRAS REGIONALES. Julio de 1925)

¡La maravilla de las maravillas!

La máquina de escribir perfecta



ORGA PRIVAT

Todas las cualidades de las más
caras, y precio inferior a la más
barata de todas las conocidas.

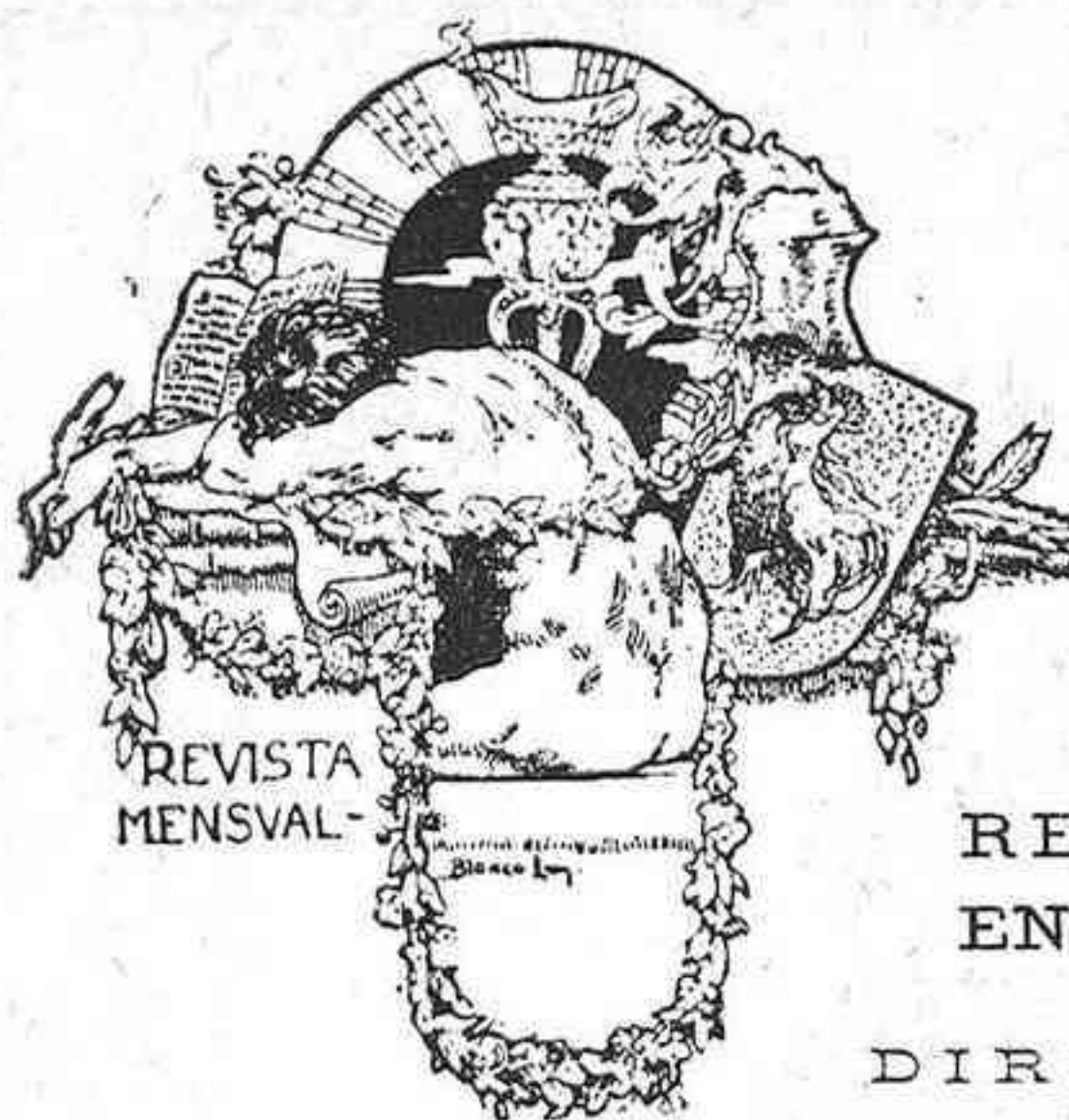
Pesetas 700 al contado

Detalles, demostraciones
- gratis pidiéndolos al -

Representante general
para España:

R. Wirth Svalina

Lealtad, 8 — MADRID



LETRAS REGIONALES

REDACTORES Y COLABORADORES
EN TODAS LAS REGIONES DE ESPAÑA

DIRECTOR: S. RAMOS ALMODÓVAR

Año II

Enero de 1926

Núm. 7



POR ARMANDO PALACIO VALDÉS

No muchos días después de haber llegado a Madrid con el fin de seguir la carrera de leyes, fui invitado por uno de mis condiscípulos para entrar en cierta Academia o Ateneo escolar, donde algunos jóvenes estudiosos se adiestraban en el arte de la elocuencia.

Acepté con gusto la oferta; asistí algunos jueves a la sesión, y vencida la timidez natural del provinciano, llegué a intervenir en algún debate, si no con éxito lisonjero, por lo menos con la tolerancia benévola de mis consocios.

A los tres o cuatro meses de instituí-

da aquella sabia y nobilísima Sociedad, comprendimos la urgencia de tener un *órgano* en la prensa, y resolvimos incontinenti fundarlo. Había de ser semanal y titularse *La Abeja*. Al efecto, vaciamos los bolsillos en manos del presidente (director nato del periódico) y nos pusimos de todo en todo a sus órdenes. La redacción se constituyó en el mismo local del Ateneo, que era el cuarto de estudio de uno de nuestros compañeros; una habitación aguardillada, donde los sábados se aplanchaba la ropa de la casa, no pudiendo por lo mismo reunirnos en este día.

Discutióse ampliamente el reglamento y se nombró administrador y redactor en jefe. Yo quedé de simple redactor pero encargado además de entenderme con el impresor y corregir las segundas pruebas.

Al cabo de un mes de idas y venidas y no pocos trabajos, salió a luz *La Abeja*, que llevaba entre otros un artículo mío histórico acerca de Felipe II. Este artículo, en que se defendía la política del monarca español y se vindicaba su nombre, consiguió llamar la atención de las familias de los redactores y me valió no pocas enhorabuena.

¡Qué placer tan intenso experimentó aquel grupo de muchachos reunidos en el cuarto aguardillado, cuando el mozo de la imprenta depositó en el suelo un fardo de *Abejas*! Fui comisionado para ir en busca de vendedores. En menos de una hora reuní treinta o cuarenta chicos en el portal de la casa; pero se negaron resueltamente a dar un cuarto por el nuevo periódico. Después de vacilar mucho, ardiendo en deseos de oírnos pregonados por las calles, nos deci-

dimos a darlo de balde, «aunque sólo por una vez». Los chicos, tomando los puñados de ejemplares que yo les repartía embargado de emoción, se echaron a correr gritando: «¡El primer número de *La Abeja*, periódico científico y literario, a dos cuartos!»

Seguíles para ver el efecto que causaba su aparición «en el estadio de la prensa» (así se decía en el artículo de entrada). Corría como un gamo, aunque disimuladamente, para no perderlos de vista. ¡Cómo me saltaba el corazón! Los gritos de los muchachos herían mis oídos con dulzura inefable; las calles se mostraban más animadas que de ordinario; los semblantes de los transeuntes parecían más alegres; el cielo estaba más azul; el sol brillaba con más fuerza. Esperaba que la gente se disputase los ejemplares como pan bendito (¡el título era tan llamativo!). Pero nada; ni un solo transeunte detuvo el paso para decir: «¡Eh, chis, chis, venga *La Abeja*, muchacho!»

Los chicos corrían, corrían siempre gritando furiosamente, y yo los seguía jadeante. La hoguera de mi entusiasmo se iba apagando a medida que entraba en calor. Aquel enjambre de *Abejas* científicas y literarias que zumbaba por los sitios céntricos no despertaba simpatía en el público; al contrario, todos las huían, cual si temiesen que les clavasen el agujón. En la calle de Carretas, un caballero gordo con barba de cazo compró un ejemplar. Me sentí enternecido; de buen grado le hubiese dado un abrazo; no se me olvidó jamás la fisonomía de aquel hombre. Más tarde me acometió el deseo vanidoso de distinguirme entre mis compañeros: llamé a

tres o cuatro muchachos que me conocían por haber recibido el periódico de mis manos, y les ordené que gritaran: «El primer número de *La Abeja*, con la defensa de la política de Felipe II en los Países Bajos». Contra lo que imaginaba, tampoco causó efecto el nuevo pregón. Solamente advertí que un grupo de jóvenes venía riendo y soltando chistes groseros a propósito de los Países Bajos, lo que me obligó a revocar la orden.

Lastimado por la frialdad del público, que no sabía a qué atribuir, no me acordé de ir a almorzar: tan pronto la achacaba a la poca o ninguna afición que hay en España a la literatura, como a la falta de anuncios. Unas veces pensaba que en la primavera no es conveniente fundar periódicos; otras me entregaba a la superstición imaginando que no debimos comenzar a imprimir el nuestro en martes. Vi que mucha gente compraba una revista de toros y loterías, y esto me sugirió un sin fin de amargas consideraciones. Cansado, molido y triste me retiré a casa después de vagar cuatro o cinco horas por las calles. Al pasar por la Puerta del Sol oí pregonar «*La Abeja* a cuarto». — «¡Ah, tunante! — grité ciego de cólera sacudiendo a un chiquillo por el cuello. — ¡Bien se conoce que ha tí no te ha costado nada!» — Aquella rebaja de precio me parecía una vergonzosa degradación.

Aunque la ilustrada redacción de *La Abeja* experimentó notable desengaño, no por eso desmayó. Pudo más en sus dignos individuos el noble deseo de la gloria que el afán de lucro. Habíamos gastado algunos cuartos, es verdad, pero en cambio habíamos salido a la luz de

la publicidad y visto nuestros pensamientos en letras de molde y con la firma al pie. Para que el segundo número se imprimiese fué necesario repartir un nuevo dividendo pasivo a los socios, que se impusieron con gusto este sacrificio pecuniario.

No fué más afortunado el segundo número de *La Abeja* en su aspecto económico. Los chicos persistían en la idea funesta de no soltar un cuarto por aquel periódico; si querían dárselo de balde, bueno; si no, queden ustedes con Dios.

El amor a la gloria venció de nuevo al sórdido interés, y lo entregamos graciosamente a los desvergonzados pilluelos, que se reían de nuestra inexperiencia.

Tales sacrificios estaban compensados por ciertos deleites no comprendidos sino de quien los haya experimentado.

El primer deleite, el de considerarse escritor público, que lleva envuelta la idea de maestro y director de la opinión, y por consecuencia el respeto de la gente. Cuando entrábamos en los cafés, y colgadas del armario del expendedor de periódicos contemplábamos unas cuantas *Abejas*, con su biñeta en madera henchida de ilusiones simbólicas, un gozo inexplicable nos inundaba, inflábase nuestro ser moral y físico, y sonreíamos desdeñosamente al vulgo que nos rodeaba. Nos parecía imposible que los concurrentes hablasen de otra cosa que no fuese *La Abeja*, y no adivinasen que tenían la honra de hallarse cerca de sus redactores. Además, ¡con qué íntimo regocijo no decíamos a nuestras respectivas patronas al salir de casa: «Si alguien pregunta por mí, decirle que estoy en la redacción... ya sabe usted... en la re-

dacción!» Y la boca, al proferir esta palabreja mágica, se nos hacía almíbar, como cuentan que le acaecía a cierto santo cuando pronunciaba el nombre de María.

Y efectivamente, en la aguardillada redacción pasábamos la mayor parte, casi todas las horas de nuestra existencia.

No es que estuviésemos escribiendo todo el tiempo ni mucho menos, pero había otros quehaceres auxiliares del periodismo, que no por ser materiales dejaban de participar de su alteza; sea ejemplo el arte delicado de cortar, escribir y pegar las fajas, en el que sobresalíamos casi todos, y el no menos noble y exquisito de pegar los sellos con la propia saliva, en el que ya quedaban algunos rezagados, seco y exhausto el gaznate.

Para un periódico semanal, y no de gran magnitud, la verdad es que bastaban los diez y nueve redactores que habíamos tenido el honor de fundarlo. ¿Con qué objeto, pues, se habían otorgado plazas de redactores honorarios a una porción considerable de muchachos? Sin duda para satisfacer cada cual los deseos de algún amigo; compromisos personales que no se pueden eludir y sin embargo, esta tolerancia produjo a la postre funestos resultados. El cuarto destinado a redacción y administración no era tan amplio que consintiese la permanencia en él de tanta gente. Desde por la mañana bien temprano comenzaban a entrar escritores, y como ninguno salía, la consecuencia era que al poco rato el local se atestaba y los redactores zumbaban como verdaderas y genuinas abejas en una colmena; se codeaban, se estrujaban e impedían de to-

do punto la entrada de los compañeros que llegaban tarde. Redactor hubo que en ocho días no logró poner los pies en la oficina.

¡Quién nos dijera que tan presto había de morir un periódico destinado a ser «vigoroso adalid de la ciencia y campeón infatigable de la cultura patria» (palabras textuales del programa firmado por la redacción) ¡Estaba escrito, no obstante, que pocos días antes de salir el cuarto número de *La Abeja* estallarían una furiosa borrasca entre los campeones infatigables de la cultura patria. Las más grandes empresas, las obras más altas y portentosas pueden venir al suelo por livianos motivos. Troya pereció por los desvanecos de un petimetre: *La Abeja* por una disquisición histórica.

Había escrito yo un articulito vindicando la memoria de D. Pedro I de Castilla, demostrando que el título de *Cruel* con que le apodaban la mayor parte de los historiadores no le cuadraba, y que mejor le venía el de *Justiciero*. En asuntos históricos me gustaba mucho defender a los personajes caídos; ya había hecho otro tanto con Felipe II. Mas a uno de los redactores, que ejercía al propio tiempo el cargo espinoso de expedir volantes a los suscriptores para el cobro de los recibos, no le agradó esta defensa, y se autorizó el manifestar su opinión contraria. Al instante salté yo henchido de erudición, relleno hasta la boca de datos concluyentes. Se entabló una discusión animada.

El redactor disidente, a falta de datos, manifestó que era una *tontería* el ir contra la opinión general. Yo sostuve con serenidad que había muchas opinio-

nes generales erradas, y que una de ellas era ésta; y en apoyo de mi tesis solté el chorro de la ciencia que había adquirido tres días antes.

El contrario repuso que mientras los grandes historiadores no lo autorizasen, consideraba una *estupidez* el sostener idea tan absurda. Yo expuse con sangre fría y sonrisa impertinente las razones que tenía para opinar de esta manera. El partidario de la crueldad de D. Pedro, viéndose acorralado, no encontró mejor recurso para salir del paso que descargar un tremendo mojicón en la faz insolente del campeón de la justicia. Gran alboroto en la colmena. Replico yo a mi adversario con idénticos argumentos. Los redactores se reparten en dos bandos, y se entabla una batalla donde menudean los puñetazos y coscorrones; ruedan las sillas, caen las mesas, quiébranse los vidrios de algunos cuadros, y hasta hubo quien apoderándose de las tijeras de recortar sueltos, formó círculo en torno suyo y esparció el terror entre los contendientes.

Mas he aquí que en el marco de la puerta aparece la figura severa e imponente de la doncella de la casa. Calmá-

ronse las olas; silencio sepulcral; todos los rostros vueltos hacia aquella nueva cabeza de Medusa.

—¿Se creen, por lo visto, que no hay nadie en casa más que ustedes? ¿No saben ustedes que la señorita está delicada?... ¿Qué escándalo es éste?... ¿No saben ustedes que el señor prohibió que se haga ruido?...

Nadie se aventuró a responder a estas tremendas interrogaciones.

La doncella se dignó pasear una mirada arrogante por toda la redacción; pero la detuvo llena de horror y de cólera al llegar al hijo de los dueños de la casa.

—¡Cómo!... ¡Mi señorito sangrando por las narices!... ¡Tunantes!... ¡Granujas!... ¡Fuera de aquí todo el mundo!... ¡Pillería como ésta no la quiero yo en casa!... ¡Fuera!...

Y en efecto, el ilustrado cuerpo de redacción de *La Abeja*, herido, escarnecido, arrojado ignominiosamente de su santuario por una miserable sirviente, huyó las escaleras a toda prisa, se disolvió al llegar a la calle, se esparció por Madrid y nunca más volvió a juntarse.

Armando Palacio Valdés

ALMA - AZUL

O ¡DE ILLUECA AL CIELO!
Y ¡EN TODAS PARTES CUECEN HABAS!

En el Concurso de Cuentos convocado por LETRAS REGIONALES—con tanto éxito, que más de quinientos son los trabajos presentados, de todas las Regiones españolas—se ha concedido el Premio de quinientas pesetas a este que se titula ALMA-AZUL, señalado con el lema FRUTA DE ARAGÓN y del que es autor el meritísimo literato aragonés, conocido y admirado en toda España, DOCTOR DON GREGORIO GARCÍA-ARISTA Y RIVERA.

Este cuento se publica en el número de LETRAS REGIONALES, correspondiente al mes de Noviembre pasado. Sin embargo, viéndonos en la imposibilidad de atender con aquél los numerosos pedidos que se nos han hecho; y además, en nuestro deseo de divulgar más aún el admirable cuento premiado en nuestro Concurso, seguros del gran éxito que conseguirá entre los nuevos lectores, en este número se inserta nuevamente.

I

Y en aquel punto y hora, el tió *Ramales*, y el tió *Vencejo*, abandonaron, a la vez, este bajo mundo (¡ganas de remedar a Cervantes y a Shakespeare!); y, juntos y unidos, emprendieron el camino del otro, surcando los espacios, en alas que les prestara el mismísimo dios Mercurio; ya que, en aquel entonces, si la aviación bien podía ser (el *posse*, no lo negamos los *teólogos*) deporte antiguo en Marte, Venus, Neptuno y aun la Luna; en este nuestro pobre planeta, era cosa aun desconocida.

Y, al emprender su ascensional camino, dijo *Ramales* a *Vencejo*, como reanudando alguna disputa—tan natural y frecuente entre buenos baturros—comenzada en las postrimerías de su vida terrenal:

—¡Ahura lo verás con tus propios ojos, cabezón!

«¡Tarazona no recula, aunque lo mande la bula!»

Y volaron, volaron...

II

¡Illueca!... ¡Pueblo más famoso!... Encerrado en la val chica de un chico río, que ni nombre tiene; ni a Babilonia, ni a Ninive, ni a Atenas, ni a Esparta, ni a Roma ni a Cartago, cede en prestancia. Que si a estas tuvieron Sardanápalo y Nabucodonosores, Pericles y Licurgos, Augustos y Aníbal; Illueca puede vanagloriarse de ser hijo suyo ALMA-AZUL: suma y compendio de las virtudes illuecanas.

III

—¡Hum!...— rezongó *Vencejo*, mientras subían, subían... insistiendo en sus

dudas—¡Yo soy de la cofradía de Santo Tomás!...

¡Y había para recelar! Porque sostenía *Ramales*, que los de Illueca, por especial privilegio (no se sabía quién lo concediera, pero que de tradición constaba), ganado en fuerza de excelsas virtudes; al morir, iban todos al cielo... De modo que, en el orden moral, todo illuecano podía decir: *¡cives romanus sum!* Pero *Vencejo*, aunque en Illueca naciera—y de ello bien se preciaba—no las tenía todas consigo. Porque una larga ausencia habíale sin duda entibiado—era el creer de *Ramales*—nativos afectos, y engendrado en él la corrosiva duda...

Y como esto originara frecuentes disputas entre los dos illuecanos; entrambos convinieron un plan genial y heroico: morirse los dos a la vez—no consta, si por manifiesto suicidio o por algún hercúleo esfuerzo de férrea voluntad—y comprobar, por sí mismos, la verdad de todo... Para ello tenían que renunciar a unos años más de vida que en este mundo les quedaba, según especial cómputo. ¿Pero, qué valía eso, ante la eterna dicha que—según *Ramales*—tenían ambos reservada, como illuecanos, en la celestial mansión?...

Y pensado, y hecho.

IV

A las alturas llegarían del vecino monte Cáo—cuya dirección norteña tomaran, sin duda porque aquel sería el camino del cielo—, cuando *Vencejo*, siempre con sus recelos, o quizá arrepentido de la aventura, deslizó:

—¡Miá que si ahura resultara que, por habéme ido aquella vez de Illueca había perdido el drecho!...

—¡No seas mal pensáo, hombre!...

—¡Es que allí tengo entendido que hılan mú delgàu!...

—¡No t' apures, hombre! ¡No t' apures! Buscaremos, en zaguero remedio, el influjo de ALMA-AZUL!...

Y en estos decires, y en estos pensares,

subían... subían... ¡Qué alas, aquellas que les prestara Mercurio—dios al fin—!... Un aeroplano, a su lado, era una carreta! ...

V

—¡El cielo!... ¡El cielo!—gritaron a una, jubilosos, los viajeros, al percibir los primeros inefables resplandores de la inefable Gloria.

Y, ascendiendo un poco más, estuvieron a las puertas del Empíreo. No estaba a la sazón San Pedro, y recibiólos un su ayudante.

—¡Semós de Illueca! —adelantóse a decir, por todo decir, el tío *Ramales*...

—¡«Illueca»! ¡«Illueca»!... ¡No me suena!—aseveró el portero suplente.

Al oír lo cual, *Vencejo* por poco cae... segunda vez muerto de la impresión. Pero *Ramales*, fortalecido por su inquebrantable fe, replicó, amoscado:

—¡Ya se conoce qu' es usté portero d' encuarte (*ayuda*)! ¡Miá que no «sonále» Illueca! ¡Reconcho! ¿' Onde anda San Pedro?

—¡El Portero Mayor hubo de retirarse, cuando ustedes llegaban!

—¡Ah! ¡repaineta! ¡pá no recibinos! ¡Y siendo de Illueca!

—¡Bien! ¿Illueca, dónde cae?...

—¡En el partido de Calatayú!

—¡«Calatayud»! «Calatayud»!—murmuró el portero, mientras ojeaba un libro—. De Calatayud, hay aquí algunos (no muchos, porque son gente lista—en opinión de Gracián—y esta suele tener manga ancha); pero, de Illueca no veo ninguno.

—¡Mire bien su mercé!...

—¡No los hay!—acabó rotundamente aquél, cerrando la portería.

—¿Lo ves? ¿lo ves?—reprochó, desconsolado, *Vencejo* a su inductor—¡Ya me lo temía yo!...

—¡No t' apures por eso, hombre! ¡no t' apures!—replicó *Ramales*, acudiendo a un recurso—. Ahura caigo en que,

al cielo, no se va diréto como los rayos. Siempr' hay algún pecadico que penar, y, pá eso, está el Purgatorio!

Y, en vuelo descendente, se dirigieron al lugar de las almas en pena. En el camino, dijo *Vencejo*:

—¡Ya me paicia a mí que en Illueca había de todo, como en botica!

—¡Calla y no mermures! ¡Renegao! ¡Paice mentira qu' haigas nacido allí!... ¡De Illueca, al cielo!—protestó *Ramales*.

—¿Sabes lo que te digo?... ¡Que el setímo no hurtarás! ¡Y allí los botigueros... como en todas partes!...

—¡Hombre! ¡Yo no digo que cualquier vez!... ¡A lo mejor hurta uno sin saber lo que hace!... ¡Y amás: masiau sabes que el que trafica de buena fe, no pué vivir!...

—¡Y el otavo—siguió *Vencejo*—no levantar falsos testimonios ni mentir!...

—En la vida, por juerza hay qu' ichar alguna mentirica que otra! ¡Si no, no se podría vivir en el mundo!—disculpó *Ramales*.

—¡Y el cuarto!... ¡Y el quinto!... ¡Y el sexto!...

—¡No sigas!... ¡Cosas de hombres!... ¡Y en Illueca, semos mucho hombres!

—¿Pues, astonces, el privilegio aquél, ganáo por las virtudes?...

—¡Pué que fuera por las de ALMA-AZUL .. que se ganó el mote porque tenía 'l alma así: clara y azul, como el cielo en noche serena! ¡un bendito!...



VI

Y llegaron a las puertas, por cuyas ranuras aparecían tenues llamaradas de fuego tenue.

Una almica, de uniforme, y ostentando galones de portero en la bocamanga, abrió.

El tío *Ramales*, delantero y decidido, quiso entrar.

—¿A quién buscan ustedes?— preguntó el alma, deteniéndolos.

—¡Otra que Dios! ¡A los de Illueca! — contestó cejijunto *Ramales* — ¡Nos conformamos ya con ajuntános con ellos; y cuando haigamos pasau «lo nuestro», irnos tóos al cielo!

—¿Para eso es indispensable un volante de S. Pedro... ¿Lo traen ustedes?...

—¡Remoño! ¡Miá que pedir eso a uno de Illueca, cuando podíamos estar tóos en el cielo por drecho propio!...

—¡Pues allí estarán: porque aquí no hay ninguno!

—¡Amos! ¡Ya tenemos aquí otro que tall! ¡Otro portero sedituto, que no sabe ni pizca de su obligación!

—¡Yo no sustituyo a nadie! ¡Ejerzo la portería en propiedad! ¡Y repito que aquí no hay nadie de Illueca!

—¿Tiene su mercé seguridá en lo qu' ice?

—¡Completa! ¡Y basta ya; que otros esperan!

El pobre *Vencejo*, atontado, no se había atrevido ni a chistar. ¿Qué esperanza les quedaba?...

VII

Pero, alentado y sostenido por *Ramales*, siguieron el descenso... Y pasaron por la Tierra... (¡Qué nostálgico saludo le dedicaron!... ¡Qué arrepentidos se hallaban, ya, de haberla para siempre abandonado!) Pasaron digo... de pasada, hacia los reinos de Lucifer, hacia el profundo infierno. ¡Allí estaban, sin duda, todos los de Illueca! ¡No había más remedio! ¡Y allí se quedarían ellos

para siempre! ¡Porque, de allí no se salía, como del Purgatorio! Esta era la gran aflicción de *Vencejo*. ¿Por qué habría él hecho caso a *Ramales*?

Un pestilente olor a azufre, primero... Después, otro, a cuerno quemado (de ahí, sin duda, viene el llamarle mal olor por antonomasia)... Luego, humo denso de pez... ¡Se acercan al Averno!... ¡Todo estaba perdido! .. Echáronse a temblar. Un sudor frío inundaba sus etéreos cuerpos. .

—¡*Vencejo*!—exclamó de repente *Ramales*, reaccionando—¡No hay por qué afligirse! ¡Quizáve nos libremos de ir al Infierno!

—¿Pues?... —inquirió aquél, dando diente con diente.

—¡Que bien pué ser que haiga alguna mansión especial pá los de Illueca!

Serenados en parte, con esto, llegan a las puertas del infierno... Satanás en persona les esperaba ..

—¡Diga su mercé!—interrogaron con timidez, y en voz baja, como deseando una contestación negativa—. ¿Hay por aquí alguno de Illueca, por un casual?... (No se atrevieron a preguntar «si estaban todos»).

—¿De Illueca?...—exclamó Lucifer, soltando una sarcástica carcajada—. ¡De Illueca... soy yo!...

—¡Ahura caigo! ¡Tú eres ALMA-AZUL!...

—¡El mismo que viste cola y calza uñas!...

—¿Y nosotros también quedaremos aquí para siempre?

—¡No! ¡Vosotros... al Limbo!...

VIII

¡Lector! ¡lector pío! Si tienes a mano un mapa de Aragón, mira hacia la vertiente meridional del Moncayo, y allá, junto a un circulito, leerás: «ILLUECA»... Pero no vayas a creer que tal nombre tenga relación alguna con nues-

tro verídico relato. ¡«Illueca»! ¡«Illueca»!... ¿No te suena eso a cosa arcaica primitiva, ibérica?...

Pues, como los arqueólogos y lingüistas se empeñan ahora en que la toponimia hispana es repetición de otra de allá de Oriente; bien puede ocurrir que todo lo fielmente narrado venga a ser

—no obstante habernos documentado en los mejores archivos ultratelúricos —... algún cuento oriental.

¡Que bien pudiera ser!...

Dr. G. García-Arista y Rivera

C. de las Reales Academias Española
y de la Historia



Cuenta saldada



POR ANTONIO REYES HUERTAS

I

Los asnos, mal comidos y escuálidos, hostigados ahora por las palabras y los cabestros, levantaron un poco las orejas y menudearon el paso...

Estaba la tarde fría. Allá a lo lejos, sobre las cimas violadas de los montes, humeaba el vapor de una lluvia sutilísima y blanca que parecía niebla. Y el aire, delgado y cortante como el filo de un cuchillo, venía impregnado de gotitas invisibles que salpicaban los rostros...

La mujer arropó sus piernas arrebujando en ellas las faldas, estiró el pañuelo de la cabeza y exclamó arreando de nuevo al jumento:

—Vamos a llegar tarde, Goro...

Goro levantó los hombros, como quitando importancia al sentido de las horas. Subióse más la anguarina y sonrió a la mujer:

—¿Quiéris que te jechi una manta?

Dijo ella que no y volvieron al silencio del camino que serpeaba por agrias lomas, entre filas de alcornoques y manchas olorosas de castaños.

La mujer echaba sus cuentas. Traía aún en su imaginación la magnificencia de aquel mercado. Reveía los montones de pimientos que los huertanos de Aldeanueva ponían al sol, rojos, brillantes y encendidos como corazones frescos; las angarillas, de manzanas y peras, las banastas de castañas; la abundancia y la riqueza que de Jarandilla, Jaraiz, Cua-

cos y de toda la fértil comarca de la Vera, acudía todos los martes a Plasencia a despertar la necesidad, la gula o el capricho de los afortunados que podían tener en la mesa mantel limpio y viandas abundantes.

—Seis pollos—pensó—a cuatro pesetas, cinco duros menos cuatro reales... Ya poemas ropearnos un poco pa el esti invierno...

Y cortó de repente sus reflexiones, fijando su atención en el camino:

—¿Ves allá, Goro? Apostaría que es la tía Cruces y que viene con ella su nuera... ¿A qué dirán a estas horas a Plasencia? Y paeci que es que nos han visto, se jacin las juitivas...

Era así. La tía Cruces, vieja, enlutada, echada sobre la cabeza la falda a modo de cobijo, hablaba de lejos una extraña incoherencia, como si quisiera dar la impresión de haber equivocado el camino. La nuera, una mujer joven y rolliza, seguía los movimientos indecisos de la vieja e igual que ella aparentaba la incertidumbre de haberse extrañado en aquellas soledades.

—¡Anda, mujer,—dijo Goro—éjalas que vayan ondi quieran!...

—¡Pero que no mos la den de inocentis!... ¡Ahora se apartan, pero al menos tienen que saber que las hemos conocido!

Y se puso a llamar con una voz afectada de cariño:

—¡Hermana Cruces!.. ¡Hermana Cruces!...

Paráronse ya las mujeres y la tía Cruces, antes de que llegara el matrimonio, rompió, sin acudir a la senda:

—¡A Plasencia que vamos a vender uno de los lechonis!... Estos burros se

espantan tan presto ven otras bestias... No vos había conocido.. ¿Es este el camino de Plasencia, verdá?

—Sí, pero ya se acabó el mercao.. Hasta el otro martes no los dejarán poner en la plaza...

La tía Cruces tapó más aún el bulto que arropaba y, con este movimiento, un quejido débil, blando, lastimero, se escapó entonces de adentro, con el tono inconfundible de un niño.

—Conque lechonis, eh? ¡No está mal el guarrapo!... El burro tapao y las orejas por afuera, hermana Cruces...

—¡Mujer!—sonrió ya la vieja —¿y qué vamos a jacerli? ¿Iba a morir este niño porque la madri no quisió criarlo pa la su deshonor? Ya debis presumir de quién es... Y a eso vamos: a poneli en la casa cuna...

—¡Mala pécora!.. ¡Cualquiá iba a decir eso de la Girtudis!... ¡Bien se decía que era verdá y que la bruja de la agüella iba a tirar al cuitaino!... ¡No le echi usté en el Hospicio, hermana Cruces! ¡Angelino de Dios!

—¡Mujer, si Juanón no quiere arconoceli... Además, el niño va que se muere... Cosas que luego dan que sufrir, ya ves... ¿Pero qué hago? Hay que ganarsi la vida y cumplí con lo que me mandan... Y ahora por el bien mesmo de esti cuitao. ¡Pero, por Dios, no digáis na, ni que nos habís visto!...

Ya dicho esto, la tía Cruces arreó, queriendo terminar la conversación. Quedó Goro triste y pensativo encima del asno, y su mujer, una buena mujer que tenía sólo conceptos sencillos de las cosas, compungió llena de misericordia:

—¡Peor que los perros!... Una perra paría defiendi a mordiscos a los sus ca-

chorros, y una mala moza tira al hijo inocenti de las sus entrañas...

II

La tía Cruces y su nuera recorrieron Plasencia. Quedáronse extasiadas ante la maravillosa fachada de la Catedral y los severos edificios que pregonan el rancio abolengo de la ciudad para ser noble y señora.

Por fin, preguntando con toda la cautela posible de quien lleva un misión

vergonzosa, las dos mujeres dieron con la casa cuna. Era un edificio de sombrío aspecto, grande y macizo, cuyas piedras lustrosas y oscuras por el tiempo parecían alentar delante de las mujeres con el vaho de un misterio triste y profundo que se guardase allí.

Buscaron la puerta de *las coplas*. Eran las señas que traían del pueblo las mujeres, como dato inequívoco del sitio donde se hallaba el torno. Habían aguardado a que fuese de noche, y las



luces de la calle semejaban pupilas silenciosas que contemplasen aquello que iban a hacer las tía Cruces y su nuera. Por advertir mejor aquel dato de las coplas, caminaban al centro de la calle, fijándose en los muros del edificio.

—¡Aquí es, tía!—exclamó la mujer joven, parándose de pronto.

Y trabajosamente, con esa dificultad aldeana, se puso a deletrear estos versos que campean sobre la puerta piadosa que recoge los frutos tristes de la humana fragilidad:

—«Si al pisar el umbral de la existencia ves que no encuentras a tu madre allí, bendiciendo la causa de su ausencia, llama a esta puerta y la hallarás aquí...»

El extraño simbolismo de estos versos sobrecogió de pronto a la mujer joven. Era madre y adivinó, por ese instinto que tiene todo corazón de mujer, que allí, detrás de aquel torno, se iba a cerrar para siempre el consuelo de aquella ansia desvalida que suponía en el niño, clamando desesperado por el regazo maternal...

—¡Tía, por Dios, no echemos aquí a esti angelino!...

—¿Ondi si no?

-- ¡Ondi Dios quiera! ¡En cualquier parti! ¡En una casa que no sea el hospicio!... Tal vez le arreojan... Pué ser que el cuitaino sepa asina algún día cuál es su madri... ¡Aquí no!... Naide lo conocerá... ¡Llegarán tantos niños a esta casa!... Ni a la mesma Girtudis le podrá decir naide, si algún día lo quieri, que esti es el su pilongo...

Y en un impulso arrancó el niño a la vieja y fué contando las casas: una... dos... tres... cuatro... cinco... Paróse, sin fijarse en el aspecto pobrísimo de aquel

albergue; se arrancó una medallita de entre las que llevaba colgadas en el seno y se la puso al niño; llamó a la puerta, lo dejó recostado en el umbral, y apresuradamente alejóse tirando de la vieja y perdiéndose entre las sombras de la calle...

III

—¿Con una medalla de la Virgen de Guadalupe?

—Y un pañuelo de sea, blanco y azul, como el que tú tenías cuando eras moza...

—¿Y dices que en la quinta casa?

--A la quinta mesmamente, más allá del hospicio...

Y Antonia, la mujer de Goro, que iba todos los martes a Plasencia, refería a la nuera de la tía Cruces todos los detalles de aquel suceso que había corrido por la ciudad. Se lo habían contado en la misma plaza otras pobres mujeres, ponderando el rasgo generoso de una familia exenta de recursos que halló en la puerta de su casa el desvalimiento de un niño y le había recogido con amor.

—Ya ves qué corazón.. Más probis que el día y la nochi, con siete hijos encima y le han arrecuncunao como a otro hijo más. ¡Angelinos de Dios, si no hubiá también almas güenas que sabin sentir mejor que las madris! Me acordé de la Girtudis. ¡Pa que ella hiciá eso!

—Pos miá... te lo voy |a decir en escreto: ese pilongo es el hijo suyo...

—¡Jesús, no lo digas!...

—Como lo oyis... No tuvi corazón pa dejali en donde muerin, según cuentan, tantos niños... Lloraba además el cuitaino como diciendo que, aunque le

tiráramos a los perros, no le dejáramos allí... Endispues de too hicimos bien... ¡Qué sé yo... me paeci que un niño a cualquier parti quíe dir mejor que a la inclusa!..

Y Antonia, ante aquel rasgo compasivo, sintió que la antipatía que guardaba a la nuera de la tía Cruces por su complicidad en aquella mala obra se derretía mansamente, blandamente, como si a su dulce misericordia le hubiese nacido un ala más, entrañable y materna, para acoger entre las dos a todos los pequeñuelos del mundo huérfanos y desvalidos...

IV

Juanón acabó de vender su carga de nueces. Aún tenía el espíritu agrio y el ánimo destemplado. Había sufrido lo indecible, aguantando en silencio las inculpaciones de Goro y los consejos de su mujer que habían venido acompañándole por el camino.

—¡Pero miá, hombri, que eso está mu mal hecho!.. La Girtudis es güena y eres tú el que la has obligao a hacer eso, por conservar el su nombri... Y endispues de too la culpa no es de ella, sino de la su madri.. Han querido tapar y a la postri pa na, porque ya ves cómo too se sabí.. Y el niño se paeci a ti.. Yo mesma le vide y quien te conosca no puedi negar que sacó la tu pinta...

Y él, todo desabrido, acabó por responder:

—¡Que me dejin en pas.. He dicho que no y yo me sé las mis cuentas!

Ahora recordaba todas las palabras y todas las incitaciones de la Antonia. Le escocía, sin embargo, dentro

del alma algo misterioso e íntimo que no acertaba a explicar bien la Antonia cuando quería llamarle al cumplimiento de sus deberes... Y él era un hombre honrado... Por hombre y por honrado hacía aquello... ¿Qué sabían de los verdaderos motivos ni Goro ni su mujer?

Pero a pesar de todo, dolía aquello y ahora a Juanón le pesaba haber venido a Plasencia, donde se sentía tan triste...

Por tranquilizarse él mismo, procuró desechar estos pensamientos, trayendo su atención a la cuenta de las nueces:

—Ocho millares—calculó— a peseta el ciento, deciseis duros. Tengo un billete de doscientos reales. Y cuatro duros más y seis pesetas en tres piezas y cuatro en calderilla... Hay pa pagar el tercio de arriendo de la güerta y la iguala de la tragua y cuantris, cuantris pa los dos carros de istierco...

Goro le interrumpió:

—¿Qué, nos vamos ya?

Había venido la Antonia de hacer sus compras y a paso lento encamináronse a la posada a recoger los burros para regresar al pueblo...

V

Y dió la casualidad que al revolver la primera esquina se vieran rodeados de una turba de muchachos que aturdíen la calle con sus voces y exclamaciones.

Era uno de esos bautizos tan típicos de Plasencia, en donde, desde tiempo inmemorial, se guarda la costumbre de pedir el agasajo de dulces y monedas a los padrinos con una cantinela que se torna humillante y ofensiva para los cicateros... Llueve a veces sobre la chi-

quillería alegre y bulliciosa el chaparrón de las monedas de cobre y la perdigonada de alfeñiques, frutas de sartén, o confituras finas, según el rumbo, categoría o esplendidez del padrino. Otras en cambio, y más frecuentemente, cuando la pobreza es la única virtud que apadrina al niño, no hay en la calle más que el sonsonete cantado a coro por cientos de voces pedigüeñas que siguen téntigas al acompañamiento:

—Pi... pilongo... pi...

¡Miserable!...

¡Que se muera!...

Todo esto, dicho con una música especial, inimitable, particularísima, hace que los bautizos de Plasencia constituyan una de las notas más pintorescas y características de Extremadura.

Y aquel bautizo, por la afluencia de chiquillos de todos los arrabales placentinos, debía de ser una cosa sonada en la ciudad. Juanón, Goro y la Antonia se vieron un momento arrastrados por aquel torbellino que seguía a un niño envuelto en vestiduras blancas y que a toda prisa trataban de escamotear a la multitud las contadas personas que le defendían.

—¡Pi... pilongo... pi...

¡Que se muera!...

¡Miserable!...

Y de pronto la Antonia agrandó sus ojos entristecidos y clamó con una voz desgarrada.

—¡Juanón, si es el tuyo!... ¡Tu hijo!... ¡Mialo, es el mismo que yo vide! ¿No te da grima?

Juanón no contestó... Sintió de súbito que algo del mundo entero se le echaba encima y daba a tierra con su fortaleza. Notó que le flaqueaban las piernas, que

una vergüenza de hombre y honrado le subía hasta los cabellos desde lo más íntimo de su alma... Inconscientemente llevó sus ojos hacia aquel montoncito de gasas blancas y humildes que debía ser su hijo... Adivinó su rostro, con los ojos azules, la piel tersa y palidita, como se lo había pintado la Antonia, arrecido y apretujado, como ocultando su vergüenza y su infortunio a los denuestos de aquellos otros niños que podían pronunciar siempre con orgullo el dulce nombre de padre...

Y algo íntimo, inefable, humano, generoso, lleno de lástimas y ternuras, tocó blandamente en su corazón... Se le figuraba que aquel niño débil debía ir muy triste y que a él solo le abría los brazos tiernecitos para que se apiadara de él:

—¡Padri, padri! ¡Dame un beso na más!... ¡Pa que me acuerdi siempre de ti!.. ¡Anque no sea más que un beso chiquirrinino!...

—Pi... pilongo... pi...

¡Miserable!...

¡Que se muera!...

No puedo resistir más.. Encelado y furioso dió un salto como un tigre... A pescozones derribó a los muchachos que le cerraban el paso haciéndoles callar la música ofensiva... Llegó corriendo hasta alcanzar a la mujer que llevaba el niño y a viva fuerza lo arrancó de aquellos brazos y con él en alto, fuerte y erguido como un gigante, se dirigió a la multitud:

—¡Esti no es *pilongo* (1) que tieni el su padri!... ¡Soy yo! ¡Mirarme bien!... ¡Su padri y su padrino a la ves!... ¡Y a

(1) Inclusero.

ver quién se atrevi a decir que se mue-
ra, pa que yo le rompa la jeta!... Y a
ver quién dice ya que su padrino es un
miserabli!... ¡¡Viva mi hijo!! ¡¡Es esti mi
hijo!!... ¡El hijo mio!... ¡Que viva siem-
pri!...

Y enardecido, frenético, trémulo aho-
ra de entusiasmo y de alegría, se echó
mano al bolsillo y allá fueron el billete
de doscientos reales, los cuatro duros,
las tres piezas de dos pesetas y todos
los cuartos, entre las aclamaciones y la
extrañeza de los chiquillos, y de los
hombres, y de las mujeres que habían
acudido a presenciar aquello, sin expli-
carse el raro suceso...

Fué un momento indescriptible...
Los vivas se encadenaron en una ondu-
lación sincera y clamorosa, como nunca
se había visto cosa igual en Plasencia,
mientras el padre, con los ojos llenos de
lágrimas, acogía en su regazo y cubría
de besos el rostro palidito y blando del
niño inocente que parecía sonreír al
amor agradeciéndolo y perdonándolo...

VI

Fué el mismo Juanón con su traje
dominguero, su faja encarnada y su ca-
misa de lino el que llevando al niño en-
tró en la casa y se acercó a la moza:

—Toma, Girtudis, te lo doy como pa-
dri... Y a la tu madri pués decir que
prepari las cosas pa casarnos cuanti an-
tris mejor... Y lo hago por esti, más que
por ti...

Y la madre, pálida y humilde, tragó
la ofensa... Bajó la cabeza y tendió los
brazos a recoger el niño. Y al sentirlo
junto a sí, instintivamente le aplicó al
seno para amamantarlo. Luego rompió
a llorar:

—¡Hijino mio!... ¡Cuitaino mio!...
¡Bien me lo meresco too!... ¡Pa que te
acuerdis siempri de cómo golví a ser la
tu madri y me perdonis tú!... ¡Que asi-
na un hijo pué perdonar a la madri que
le tiró, cuando anti un hombri deja de
ser mujer pa ser sólo madri!... ¡Ya lo
soy tuya!... ¡Tu madri pa siempri!... Ma-
dri por hijo... ¡Estamos en pas!...

Antonio Reyes Huertas

CANCIONERO POPULAR

LA PALABRA

POR VICENTE DíEZ DE TEJADA

EN lo de pinturero, marchoso, terne y bien plantado, Juan Manuel tenía muy poco que envidiar a nadie. Era lo que se dice un real mozo, morenote, agitanado, de negros cabellos bravíos y de negrísimos ojos morunos, alto y esbelto, achulapado en sus andares y posturas, guapo entre los hombres; y entre las mujeres, guapo.

Y no digamos nada de su labia, pues el indino tenía toda la sal del mundo en sus decires pícaros, en sus chicoleos pintorescos, en sus oportunas réplicas, en sus frases graciosamente dislocadas, ampulosas, punzantes y chistosísimas. Por él y para él, se dijo, seguramente, aquello de que «si lo dejan hablar, no lo ahorcan.» Su verbo era un talismán; una varita de virtudes operadora de las más grandes maravillas.

No necesitaba más, ni aun tanto, el regrandísimo, para sorber el seso a María Luz, que estaba chiflándose ya por él y comenzando a morirse por sus pedazos, en las tres semanas mal contadas que llevaban los tórtolos de hablarse por la reja.

Llegaba el alcotán, paseaba jacarandoso la desierta calle, sumida en los silencios de la noche y en las sombras del municipio; tosía, carraspeaba, tacañeaba un poco... y, en seguidita, por entre la florida cortina, en cuya reja se enredaban claveles y jazmines, albahacas y resedas, esmaltándola de colores y

bañándola de perfumes..., tácito, quieto, como una mariposita de luz, brotaba un suspiro de la tórtola; y nada: lo de siempre: el dulcísimo pegar de la hebra, hasta que las calandrias se confundían con los ruiseñores y hasta que las sombras huían derrotadas por los primeros rayos de luz que Dios, como bendición divina, derramaba sobre el mundo.

Y siempre lo mismo:

—Bueno, Juan Manuel, que me parece que va siendo horita ya.

—¡Jesús, mujer, y qué prisas!... Precisamente ahora, que me queda por decirte lo mejor...

—Pues déjalo para mañana, niño; ¡que se nos va a hechar la noche encima!

—¡Guasona!

—¡Saborío!

—Hasta mañana, pues...

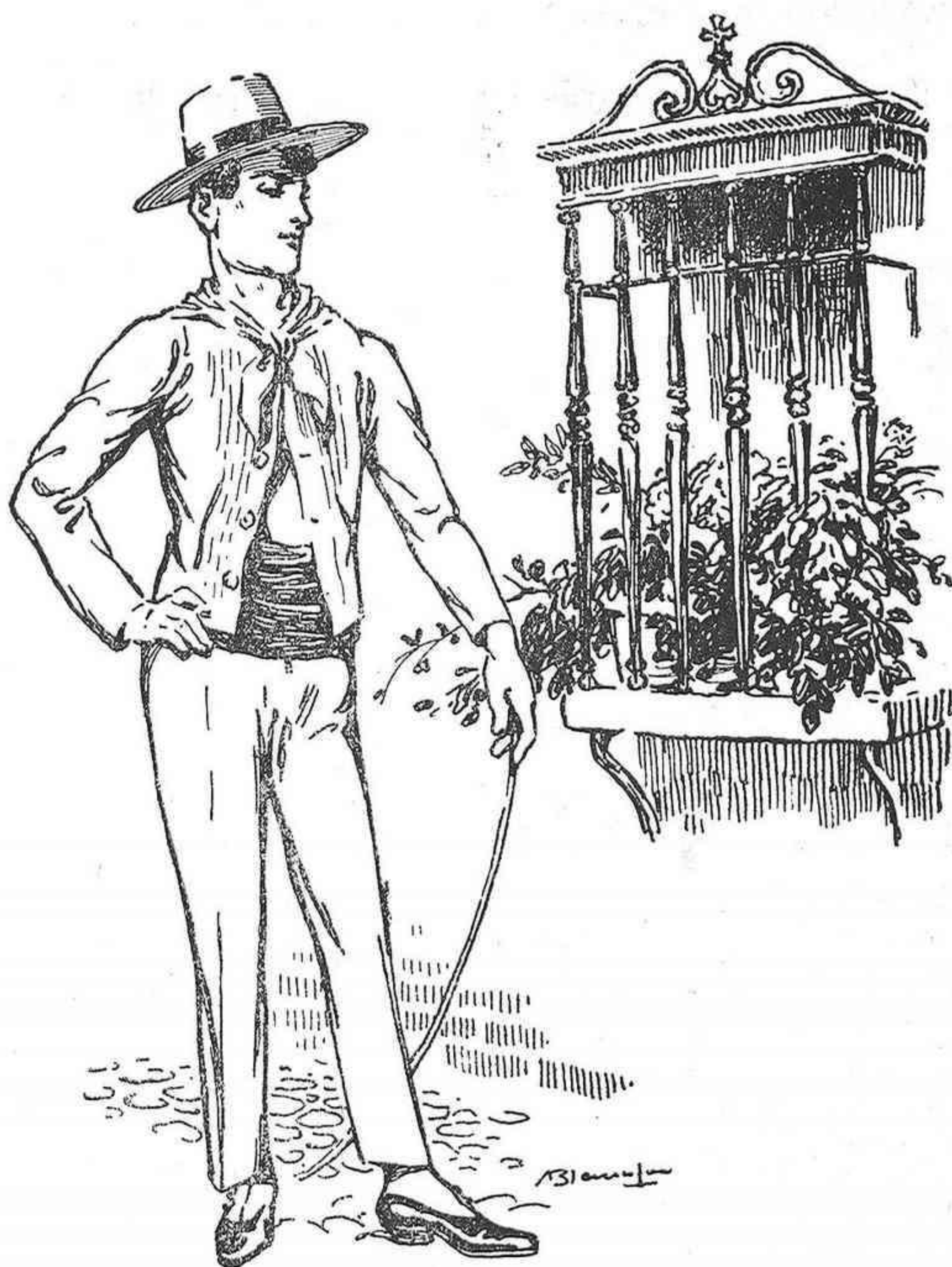
—No, hasta mañana, no; porque mañana, es hoy... ¡Hasta luego!

—Hasta luego y hasta siempre...

Y luego, a la noche, repetición de la obra del inmortal autor, con todo el aparato que su interesante argumento requiere.

* * *

Una tarde — entre representación y representación — en casa de María Luz se presentó una muchacha joven y bonita, con palideces en el semblante, livores en los ojos, temblores en la voz y lágrimas en el alma. El Dolor la había señalado por suya.



—¿Vive aquí por un casual—preguntó—una mocita que le dicen María Luz?

—Aquí vive—respondió la madre de la moza—. ¿Qué se le ofrece a usted.

—Quisiera hablar dos palabritas con ella... y con usted también, si usted es su madre; que también usted debe escucharlas.

—Pues, pase usted, hija; que no es usted el cartero, para dejarlo a la puer-

ta. ¡María Luz!... ¡María Luz!... ¡Sal, niña; que tenemos visita!

Presentóse la tórtola en escena: y la desconocida, mirándola con ojos de compasión y con miradas de celos, le dijo suspirando:

—¡Sí que es bonita usted, Madre mía del Carmen! ¡Y sí que somos desgraciadas las mujeres! Por usted vengo, mocita; y por mí también; por lo que es mi desventura de hoy, y por lo que puede

ser la de usted mañana, si el Señor no la tiene a usted de su mano y el Ángel de su guarda no la abandona... Joven y enamorada, confiada como usted he sido yo... Un hombre que usted conoce, me robó toda mi felicidad, engañándome vilmente con palabras que no ha honrado y con promesas que no ha cumplido... ¡Déjemelo usted por lo que más quiera usted en la vida!... Para usted, que aún es feliz, hay hombres en el mundo; para mí, que soy una desdichada, en todo el mundo, no hay más hombre que él. Por usted me ha abandonado cuando lo creía más mío; por usted ha roto la palabra que me dió... De usted depende que yo vuelva a ser feliz o que sea una desgraciada para siempre. Sólo ésto quería decirle, y se lo digo; ya usted lo ve: de rodillas y en cruz. Es una súplica... y un aviso... Ahora, ¡haga usted lo que quiera!

—Descuide usted, niña—contestó María Luz, conmovida—que por mí no quedará, yo se lo prometo. No quiero yo que las flores de mi reja se rieguen con lágrimas de nadie... Vaya usted con Dios... ¡y muchas gracias!...

* * *

Llegó la noche.

Sombra, quietud, flores, perfumes.

Taconeo en la calle; silencio en la casa; y entre la casa y la calle, de por medio, como un centinela avizor, la reja de la ventana, cuajada de claveles y de jazmines y embalsamada por albahacas y resedas...

Carraspeos... Toses... Atisbos...

Nada.

El lejano reloj de la Colegiata, pausado, severo, bronco, solemne, como voz que recuerda el cumplimiento de un deber, desgranó sobre el halda de la noche, el sartal de perlas de una hora... De otra hora... De otra hora después... De otra más tarde...

Y nada.

Nada; porque los sollozos que Juan Manuel creyó escuchar a través de la reja, debieron de ser ilusiones forjadas por el desvarío de su mente...

Nada; porque el centelleo de unos ojos dolientes y enamcrados que Juan Manuel creyó haber visto brillar por entre los flores de la ventana, fueron, a no dudar, fantasías hljas de su inquietud y de su anhelo...

Nada... Nada... Nada...

Y, al fin, cuando cabizbajo y mustio el gerifalte iniciaba la retirada, calle abajo,—¡oh! aquéllo si que no fueron ilusiones ni fantasías!—de la florida cárcel de sus nuevos amores, verdugos matores de amores viejos—jayeante, atormentada, dolorida como una saeta que con su alarido de duelo rasga la serenidad de la Noche del Dolor, brotó ondulante y trémula, la copla ingenua, que también le recordaba el cumplimiento de un deber.

—«¿Para qué vienes a verme
Si tienes quien te lo estorbe?...
¡Cumple con esa serrana
Y ten palabrita de hombre!...»

* * *

Así habla el pueblo.

Vicente Díez de Tejada



DEL FOLK-LORE DE ASTURIAS

LOS PRESAGIOS DEL AMOR

POR C. CABAL

Y EN qué se ocupan las chicas que esperan la llegada del amor? Cuando la edad y el alma se lo pide, ¿qué suelen hacer las chicas? Lo que suelen hacer primeramente es preguntar al cuclillo, cuando se oye su canto entre los árboles:

—Cuco del rey,
cuco de la reina,
¿cuántos años me das de soltera...?

La fórmula varía de este modo:

Cuquiellu, barbiellu,
barbes de escoba,
¿cuántos años falten
pa la mió boda...?

La pregunta aparece en muchas partes, y en Portugal, por ejemplo, se la encuentra de esta suerte:

—Cuco de maio,
cuco de Aveiro,
diz quantos annos
hei-de estar solteiro...

Aquí el curioso es un hombre, porque también los hay que tienen gana de cargar con la coyunda; pero lo general es que sea chica la que le pide al cuco este favor, y va contando sus «golpes», y va contando por ellos los años de soltería:

—¡Cu-cú...! — ¡Uno...! — ¡Cu-cú...! —
¡Dos...! — ¡Cu-cú...! — ¡Tres...!

Además, era costumbre recoger margaritas de los prados e irles quitando las hojas y decir a cada una un renglón de los siguientes:

—Me quiero casar
con el hijo del rey,
con un buen mozo,
con un tiñoso...

Tambièn cogen las mozas un helecho, lo deshojan, y se dicen lo que con la margarita. Y si la que lo hace así tiene dos pretendientes al caer, le pregunta al helecho de este modo:

—¿Con Fulano? ¿Con Zutano?...

Y se arranca una fibra del helecho, y si sale en línea recta, habrá boda antes del año, y si no, no...

En los pueblos de Somiedo, doblan una hierbecita, la enrollan y la meten en el puño; luego, tiran de una punta, advirtiendo a la hierba con temor:

—Si Fulano me quiere, sal de ahí; pero si no, tate ahí...

Y para que el augurio les resulte y asegure el cariño de Fulano, ha de salir la hierba sin romperse.

Y se coge un «farol» de la campiña y se le sopla tres veces; si el tallo queda limpio a la tercera, la moza se casará dentro del año del soplo... Y se «pulga» una pera o una manzana, y se arroja el «pulgo» al aire. Si al caer forma una C, la moza irá al altar con un galán; pero si forma una S, se quedará soltera de por vida. Y se pone en la yema del pulgar la «pebida» de una fruta, se la echa de ella con el dedo medio y se observa la parte hacia que va... Por esa parte llegará el amor.

* * *

Para lograr que el porvenir se aclare y conocer si traerá una boda o una eterna soltería, aún hallan las rapazas otros medios a que apelan con frecuencia; y así, la que consigue un alfiler del tocado de una novia, cuando ésta se comienza a desvestir a su regreso del templo, sabe que ha de casarse antes del año. Y así, la que se prende en una manga un alfiler «invisible» y no lo pierde en tres días, también irá al altar sin duda alguna.

Y era el cuento que les mozos regalaban antaño «alfilerones» para el dengue de sus novias, y que éstas les pagaban el obsequio con tres alfileres más y un «permanente», esto es, una siempreviva, que con los alfileres sujetaban en un pliegue interior de la montera. Y si en la siempreviva es indudable que se ocultaba misterio, por el «no morir nunca», también parece indudable que lo habría en los alfileres, que tienen la misión de aprisionar.

También en Asturias se conocen las fuentes amorosas, y no hay mocita soltera que no vaya a Covadonga y no beba siete sorbos de la fuente de la Virgen, de la que dice el cantar que conduce en el año al matrimonio.

Y hay galán que se expresa de esta suerte:

—Adiós, Virgen de Cuadonga:
yo te quisiera traer
en el ojal del chaleco
como si fuera clavel...

Pero el adiós que agrada a las mocitas es el que tiene esta música:

—Adiós, Virgen de Cuadonga:
bien de veras te lo digo:
¡que no vuelvo más a verte
hasta que me des marido...!

¡Mas ay, las pobrecillas, cómo viven!
¡A cuántas cosas tienen que atender, si no se quieren quedar para modistas de imágenes...! ¿Pisan la cola de un gato...? Pues otro año de espera por marido, puesto que en el que la pisan ya les será imposible cazar uno. ¿Se meten en una «cuerría» a coger un puñado de castañas? Pues otro año de plantón, para que no se metan otra vez. ¿Les barre alguien los pies sin darse cuenta? Pues otro año todavía, para que en adelante tengan ojo...

¿Y luego, si se enganchan a un escajo? ¡Si se enganchan a un escajo, ya no tienen más remedio que casarse con un viudo, a lo mejor, cargado de familia...!

C. Cabal.



LA MEDALLA

POR CONCHA ESPINA

PEREGRINÓ mucho el poeta. En su vida errante de bohemio brillaron fugitivas las horas de calma y prosperidad, leves jirones azules por los cuales se asomaba a esta vida el sol.

Fué agitada y triste la existencia de este hombre, que, rodando por el mundo, perdió la esperanza y la fe, malogró las ilusiones y la juventud.

Era pródigo y enamoradizo, caprichoso y mudable; naufragó en todas las empresas de la vida sin salvar más que su honra y su pluma.

Muchas veces fué pobre; había derrochado su patrimonio y esparcido con magnífica displicencia los montones de plata levantados triunfalmente por su

arte; desconocía la industria crematística como casi todos sus hermanos en Apolo. Mas sabía permanecer indigente con mucha nobleza, sin dejar de ser nunca un gran señor, bien nacido en Cantabria, *hidalgo como el rey*.

No se había entristecido su numen en los nieblas del Norte, donde las musas le dieron alas para volar por el mundo entero; su numen era alegre, satírico y burlón; durante muchos años fué dejando en libros y en periódicos bellas páginas risueñas, tocadas suavemente de amarguras.

En un azar de su camino este poeta veleidoso arribó a una playa tranquila y conoció al buen amor en brazos de

una esposa; aquel tiempo era el jirón azul por el cual se asomaba sobre una vida el sol...

Del breve lazo de la boda, roto por la muerte sin piedad, quedó una niña como único recuerdo. Allí vivía, donde nació, cobijada por los parientes de su madre, en tanto que el poeta, andariego y voluble, recorría el mundo cantando sus coplas.

Pero había bebido la esperanza en los ojos cándidos de la criatura, y con frecuencia volvía, sediento, a gustar el zumo suave de aquellas pupilas; así durante veinte años fué la hija para él como un altar donde consagraba su inspiración.

Hasta que el capullo se convirtió en mujer sazónada por la inteligencia y la bondad.

A cada visita la encontraba el padre más encantadora, más seria y dulce. Muchas veces contemplándole ella con una mirada de inquietud, levantaba el pecho bajo la ola de un suspiro; en estas ocasiones buscaba sobresu corazón una hermosa medalla de la Virgen, compañera siempre de su vida, y se la presentaba al vate, suplicando:

—¡Besa!

El escéptico se conmovía y besaba.

La paz de aquel amor le iba encalmando las pasiones y consolando las tristezas; un ansia infinita de reposo le empujaba los pensamientos hacia los jardines andaluces, donde aposentaba la ilusión, cuando llegó la muerte inexorable a señalar la frente de la niña.

Corrió desolado el peregrino a la cabecera de la moribunda, sin tiempo más que para ver una medalla amiga, rutilante, en una mano temblorosa, y para oír el gemido de una voz entrañada:

—¡Besa!

El incrédulo, despreocupado, besó con frenesí la pieza de oro donde brillaba la imagen de la Virgen...

Cayó después en una trágica desolación. Se pasaba los días mirando en éxtasis el retrato de la muerta, sobre cuyo pecho, entre las blondas gentiles de la mantilla andaluza, pendía el óvalo, constante compañero de una vida.

Aquella medalla vino a ser la obsesión del solitario. En el silencio de su pesadumbre le parecía que las alas in-materiales de una voz le rozaban el oído para decirle:

—¡Besa!

Una mano apremiante buscaba con afán la santa reliquia pendiente ahora de un cuello inclinado hacia la tierra, y el triste rimador besaba con febriles transportes el disco rubio y piadoso...

Siguió el bohemio rodando por los caminos del Arte, rimando canciones, sacudiendo aún la melena ya palidecida bajo los soplos de la muerte, hasta que una noche la inclinó sobre la péñola rota.

Cuando la caridad preguntó por él, se había dormido para siempre, con la cara vuelta hacia el retrato de la niña andaluza, con los labios encima de la medalla de la Virgen.

En suelo extraño murió el poeta; en distante país la dulce imagen de su musa, envuelta en los pliegues de la mantilla española, luce sobre el pecho la devota reliquia mediante la cual el pobre vagabundo, *hidalgo como el rey*, pudo, acaso, redimir su alma derretida en un beso creyente y purificador...

Concha Espina



LA MUJERINA

POR MARIA SEPÚLVEDA

TENÍA ocho años cuando se le murió la madre.

La mañana de la desgracia, apenas brilló el sol en el cielo cubierto de nubarrones grises cargados de agua, fueron acudiendo las vecinas a la casa mortuoria para tomar parte activa de lloros y jipíos en el velatorio de «la Nemesia» vencida por un mal implacable, cruel, que se la llevó en poco más de tres meses al camposanto.

—Lástima de mujer; y con la falta que hacía a sus hijitos... — lamentaban las vecinas del lugar, contemplando compasivas a la muerta.

Los hombres no hablaban, pero tenían los rostros graves, y permanecían junto al viudo en una inactividad de día de fiesta fúnebre.

—Haiga pacencia, hombre— se decía a decir alguno— lo ha hecho Dios y no hay más que aguantarse.

El Rufo asentía con un gesto de mudo dolor en el que había algo de estupefacción. No creyó nunca que aquel desgano, aquella flojedad de la mujer fueron a conducirla en tan breve espacio de tiempo a la tumba, y como la había visto siempre saludable y robusta, suponía que llegaría a curarse.

Así hasta encontrársela una mañana postrada en cama de la que no se levantó más.

Y la miraba como esperando aún verla incorporarse en el lecho, incrédulo ante aquella desgracia.

Una vecina compasiva, se había llevado a su casa a los dos huérfanos y

cuando pasó el día del entierro, volvió a traerlos al padre, y se los entregó llorando.

—Animo, Rufo... La Genoveva te ha de valer pronto pa mucho... es ya una mujerina.

Por «la mujerina» la conocieron todos desde aquel día en el pueblo; una mujerina que levantaba poco más de un metro del suelo y que, cuando iba mañana y tarde a la fuente, llevaba a la cadera un cántaro que abultaba más que ella.

Las mujeres del lugar la miraban con esa invencible lástima que inspira siempre la infancia triste, y la compadecían en alta voz.

—¡Qué dolor de hija!... Con tal de que su padre no le dé una mala madrastra...

«La mujerina» al oír esto, las miraba con un mudo terror en sus grandes ojos azules, no porque supiera lo que la palabra madrastra significaba, sino porque le sonaba a amenaza de algo muy triste, más triste que aquella falta de la madre que a pesar de sus pocos años, sentía inmensa, dolorosísima, pesar sobre su alma.

Allá en casa *le valía* en efecto al padre para todo. Como ya había empezado a ayudar a la madre en las tareas domésticas, aprendió solita a barrer, a sacudir el polvo y poco a poco la vecina, que acudía diariamente a preparar la comida del mediodía, a lavar la ropa y dar una vuelta al niño, fué descansando más en la mujerina, que se daba excelente maña para todo aquello a que alcanzaran sus fuerzas.

Cuando cumplió doce años era ya ella quien lo hacía todo sin que fuera preciso ayudarla, y el padre, al volver del campo por la tarde, se encontraba con la casa limpia y arreglada como cuando vivía la Nemesia. Hasta del chico, cuidaba la hermana con solicitud y ternura de madre, y él la quería de un modo... Desde que pudo andar, la siguió a todas partes, agarrado a su delantallillo negro, como buscando el amparo, el

calor de los brazos maternos que tan pronto le habían faltado, y era de ver su desconsuelo cuando «la mujerina» tenía que dejarle en casa de la vecina para irse ella a lavar al río.

Como el Rufo era hombre de pocas palabras y desde que quedó viudo se había tornado más hosco, no acostumbraba a hablar de lo que su hija hacía en la casa, pero se sabía que no pensaba en volverse a casar.

Harás bien, Rufo, harás bien en no darle madrastra a tus hijos—le decía la vecina.

Y él, con una expresión entre satisfecha y pensativa contestaba:

—Como la Genoveva lo *tié tó* listo, ¿pa qué había e meter otra mujer en casa?...

Cierto día se halló el Rufo sorprendido al oír a su hija preguntarle si era *gustoso* de que ella hablase con Mateo, el hijo de la tía Venancia.

Al pronto no supo si consentir o no, pero recapacitando luego cayó en la cuenta de que «la mujerina» iba ya parolos diez y ocho años, y de que el Mateo era uno de los mozos más trabajadores del pueblo.

—Si viene con formalidá, podéis hablar—dijo.

Confusamente se le ocurrió, que debería dar algunos consejos a la moza, ya que no tenía madre que la guardase; pero la sabía seria y prudente y se limitó a añadir:

—Por la tarde cuando volvamos del campo y yo esté aquí, le *ices* que *pué* venir a sentarse contigo a la puerta.

«La mujerina» tuvo, pues, novio y fué feliz, tan feliz que se sorprendía a veces angustiada por la intensa sensación de bienestar, de dicha que le llenaba el corazón, cuando al caer de la tarde acudía Mateo a la cita y se sentaban los dos juntitos en el poyo de la puerta, para hablar de cosas muy sencillas pero muy dulces, que hubiera querido estar repitiendo eternamente.

Casi siempre eran las mismas. Recor-

daba el mozo cuándo había empezado a cobrar afición a «la mujerina», que conociera de niña y con la que jugara muchas veces en la plaza del pueblo cuando ella, por vivirle aún la madre, no tenía obligaciones en casa. Habían sido aquellos los únicos días de infancia de «la mujerina», cargada luego con el grave peso de la vida que apenas había empezado.

Y Mateo repetía a menudo.

—Después, como te hiciste tan case-
ra, apenas nos veíamos, pero siempre que aparecías me entraba a mí una alegría *mu* grande y cuando decían los mozos «qué pulía está la mujerina», me daba un coraje... Hubiera querido quitarte de la vista de ellos.

«La mujerina» sonreía dichosa al oírle hablar así. Ella, con ese recato peculiar en las aldeanas netamente modestas y cautas, apenas dejaba ver al mozo sus sentimientos más íntimos, y sólo cuando él la estrechaba a preguntas, respondía sonrojándose ligeramente:

—Ya sabes que te quiero... A nadie he *querío* como a ti.

La mayor parte del tiempo se les pasaba hablando de aquellas cosas, y luego de lo que les preocupaba; él de la cosecha, de lo mal que andaba el trabajo; ella del hermanillo que se aplicaba poco en la escuela, que no era fuerte, del padre que iba envejeciendo más de la cuenta por aquellos pícaros dolores de «las reumas» que tenía.

Siempre acababan haciendo proyectos para cuando se casasen.

—Yo quisiera vivir en la casa que hay a la salida del pueblo: me gusta por lo limpia y por la cámara tan *guena* que *tié pa* el *ganao*— decía Mateo.

—Y no está muy *apartá* de ésta— observaba «la mujerina» contemplando pensativa su casa actual, como si se preguntara qué iban a hacer allí el padre y el hermano sin ella.

Llevaban ya hablando más de tres años cuando un día Mateo llegó muy contento a casa de «la mujerina.»

—¿Qué te traes, hombre, que vienes tan alegre? — le preguntó ella.

—Pues lo que menos te figuras tú...

Y después de mirarla en silencio unos segundos, sonriendo maliciosamente, se lo dijo de pronto:

—*Pa* San Miguel nos casamos, chica.

«La mujerina» sintió un ligero vértigo. Tres años llevaban hablando de aquéllo y sin embargo sorprendíala como algo inesperado.

—Es mañana San Pedro, con que te quedan tres meses justos *pa* preparar la ropa,— añadió Mateo radiante.

Ella se sonrojó un poco. Tenía ya en el baul donde guardaba el tío Rufo las sayas de fiesta de la madre, su pañolillo de talle, su mantilla de casco, lo que del pobre ajuar se había ido haciendo; y ahora pediría al padre, así que recogiesen el grano de la era, dinero para comprar lo que le faltaba.

—Pero ¿cómo has *arreglao* las cosas *pa* tan pronto?—preguntó tímida.

Sabía que Mateo andaba pobre; tenía que atender a la madre vieja y enferma recogida con él en casa de una hermana casada, que les daba alojamiento, pero a la que habían de pagar lo que comían, porque ella era pobre también y madre de muchos hijos.

—¿Di, es que vendiste las mulas? ¿Es que te dieron en arriendo la tierra grande?—insistió «la mujerina» inquieta al ponerse en la realidad, pasado el deslumbramiento primero, la emoción causada por la noticia.

—*Ná* de eso. Si aún no sabes lo mejor—repuso Mateo cada vez más alegre.

Y con voz que quería hacer contenida, pero en la que vibraba el íntimo contento, la satisfacción, explicó a su novia lo ocurrido.

Su tío Dámaso, el que emigró a América sin más que lo puesto, el que después se había hecho rico allá, muy rico, tanto que tenía una hacienda propia con grandes rebaños y praderas mayores que todo el pueblo de ellos, le escribía diciéndole que se marchase a su lado,

y ofreciéndole una colocación con gran sueldo, y casa donde vivir; como quien dice sacándole de pobre en un abrir y cerrar de ojos, para darle en la vida un porvenir como él no pudo soñarlo nunca. A nadie le había contado aquello más que a la madre por darle el alegrón de saber que ya no tendría que pasar penas por él, y ahora a ella, para que se alegrase también viendo que no iba a casarse con un pobre labrador cuyos trabajos habría de compartir, sino con un hombre que la tendría en su casa como una reina. ¿No le parecía un sueño? ¿No se alegraba con él?

Atribuyó a la emoción natural causada por aquella inesperada fortuna, el que «la mujerina» se hubiera quedado tan callada, tan pálida.

—Pero, ¿nos marcharíamos *pa* siempre?— murmuró con voz ligeramente alterada.

—*Pa* siempre no, mujer, *pa* unos diez o doce años si se dan bien las cosas y podemos ahorrar. Has de tener en cuenta que vendrán hijos y habrá que guardar *pa* ellos, y *aluego* la madre, tu padre, a los que atenderemos siempre. Pero hemos de volver aquí, hemos de volver. Aunque sólo sea *pa* que las del lugar se queden con la boca abierta viendo a «la mujerina», hecha una señora. ¡Chica! qué *atontá* te has *quedao*. Ni que te *hubiá dao* una mala noticia.

En efecto, «la mujerina» intentaba sonreír y no podía. Dijérase que iba más bien a llorar.

* * *

Luchó unos días, muy pocos, pero tan amargos y penosos que le hicieron el efecto de años.

De una parte la arrastraba el amor hacia la risueña perspectiva que ante sus ojos abría la vida, de otra la retenía su deber de hija y de hermana sujetándola fuertemente al hogar que, marchándose ella, iba a quedar vacío, desamparado, abierto quizás a una extraña,

a la madrastra cuya sombra amenazó su infancia, y fué zozobra de sus primeros años de juventud, cuando oía decir a las vecinas, mal intencionadas:

—Por mucho que le valga «la mujerina», los hombres no se hallan a gusto solos, y el mejor día se les casa el padre.

Ella entonces se afanaba más que nunca en la casa, para que no echase el Rufo nada de menos; le buscaba los gustos, le adivinaba materialmente el pensamiento.

Y ahora, al pensar en marcharse tan lejos, la acometía una angustia infinita, una inquietud, un desconsuelo, nunca hasta entonces experimentados.

¿Qué iba a ser de su padre, sin mujer que le aseara la casa, le dispusiera la comida, le cuidase la ropa? ¿Qué del hermanillo que la adoraba y al que atendía con solicitudes de madre? Se le partía el alma de imaginarse al hombre y al niño solos en la casa, sin calor de cariño ni el bienestar que ella les proporcionaba. Lloraba al pensar que el hermanito no tendría ya quien le hiciese rezar por la noche al acostarse, ni quien le despertase a la mañana con un beso.

Por otra parte, Mateo la quería tanto, y le llenaba aquel cariño a ella de tal modo el corazón que no se sentía con fuerzas para sacrificarlo. La vida sin esa ilusión, separada para siempre de él, no sería ya vida, sino muerte.

Un día osó insinuar con timidez al mozo la idea de renunciar a aquel porvenir, de quedarse en la aldea, aunque no pudieran casarse sino de allí a unos años; queriéndose como hasta entonces, felices así.

Pero él se rebrincó casi enfadado.

—Estás loca, mujer... Eso sería como tirar por la ventana una fortuna. Creo que me tendrás bastante ley *pa* no asustarte de pasar el mar conmigo...

¡Que si le tenía ley!... Al fin del mundo se hubiera ido con él sin titubear un momento.

No le dijo esto sin embargo. Murmuró dulcemente:

—Es que me da tristeza de dejar a padre solo.

Mateo con la facilidad que tiene la juventud cuando es dichosa para acoger el egoísmo, exclamó impaciente:

—Bastante has hecho ya por tu padre. Ahora mira por tí.

* * *

Mas la mujerina no sabía vivir para sí, tenía esa especie de timidez que retrae algunos corazones del goce de la felicidad que se compra con ajenos sacrificios, y se quedó en la aldea...

Su rompimiento con Mateo fué tranquilo, sin estridencias de pasión por una parte ni por otra.

—Según eso, ¿quién decir que no tiés voluntad de venirme conmigo a América?—había preguntado él, tras muchos días de dudas ante la actitud de su novia. —Podías haberlo dicho más claro, mujer; porque al fin en el corazón no manda *naiide*.

Ella bajaba los ojos para que no viese Mateo que lloraba.

—Cuando se piensa en que si el padre queda solo, y en que si la casa y el pueblo tiran, es que no hay cariño y *ná* más.—Añadió el mozo en la amargura de aquel nunca temido desengaño.

Y «la mujerina» no se defendió, quedó oculto allá dentro del pecho el amor grande, inmenso, que daba a su sacrificio esplendor de heroicidad; la heroicidad admirable de las inmolaciones voluntarias, calladas, en aras de un deber de generosidad.

En el pueblo, como ocurre siempre, se inventaron mil historias acerca del suceso, y nadie sospechó siquiera lo ocurrido.

Unos dijeron que Mateo, ante la perspectiva de hacerse rico, había querido recobrar su libertad; otros que había prometido volver cuando viese cómo le iba por allá. No faltó quien insinuó que «la mujerina» no le había sido fiel.

Pero la verdad quedó oculta a todos, hasta al tío Rufo, que se limitó a preguntar a su hija si ya no hablaba con Mateo; hasta al hermanillo que la abrazó gozoso, exclamando.

—¡Qué gusto! Así ya no vendrá por las tardes y podrás contarme cuentos...

Lo único que le sorprendió un poco, fué ver a su hermana abrazarse a él llorando al oírle decir esto, repitiendo entre sollozos ahogados.

—¡No, ya no vendrá, ya no vendrá nunca!...

Maria Sepúlveda

CUENTOS ACEPTADOS EN EL CONCURSO

Directamente se comunicará a los autores respectivos, las condiciones de publicación de los cuentos que han sido aceptados en el concurso. Aquellos concursantes que antes del 15 de Febrero próximo, no hayan recibido ninguna notificación, pueden reclamar sus trabajos y les serán devueltos inmediatamente.



VATICINIO

I

Un clérigo carlista vaticinó en mi cuna:
cruzará entre sus lises una gacela real,
liocornio de oro, cuerno de la fortuna
en su dulce tierra foral.

II

La vieja etheco-andrea, abuela de pastores
que cuidan sus rebaños en los montes de Aoiz,
llevó a mis rubias sebes, pámpanos, abridores
y panes de maíz.

III

El crérigo carlista, con su mano arrugada,
rubricó el vaticinio. En un lento ademán,
inclinó dulcemente su cabeza cansada
de viejo capitán.

IV

Cinco castillos de oro en un campo de grana
Casa de Vega-Heredia del Castro de Xeriz,
panelas y lebreles y caldera y campana
y sol y flor de lis.

V

La gacela monárquica no pasó entre mis gules
ni los lises de plata de mi casa foral
lograron el entronque de sus sangres azules
con la sangre real.

VI

Viejo cura carlista de perfil afilado,
jefe de las partidas monárquicas de Axpai:
por aquel vaticinio que nunca fué logrado
me aqueja un dulce mal.

VII

No es gacela historiada la que por los castillos
de mi escudo ha cruzado con sus ligeros pies,
entre los rojos fuertes los suaves amarillos
de los campos de miés.

VIII

He visto la gacela, viejo cura carlista
que hiciste profecías en la tierra troncal.
Pasó por los pinares teñidos de amatista,
¡No era gacela real!

Bilbao

Luís Antonio de Vega

EL ERMITAÑO DE CÓRDOBA

NOVELA ORIGINAL DE S. RAMOS ALMODÓVAR

I

EN este retiro santo, al cabo de los años que pasé, dedicado por entero el espíritu a las meditaciones y a la lectura de piadosos libros, hoy he sentido necesidad de escribir. Sobre las cuartillas en blanco, quiero confesarme.

Me sumergí, igual que en un mar, en el mundo, aparte del mundo entero, de las Ermitas de Córdoba. Y al sentirme trasplantado a esta vida nueva, quedóse todo mi ser adormecido; muerto, más bien. Porque el yo de mi juventud de torbellino y descarrilamiento, no existe ya. Dentro de mí, he sentido crecer un hombre nuevo, alimentado con savias que hundieron sus raíces en el remordimiento agudo de mis culpas. Y ese hombre nuevo, ha ido desarrollándose, oscureciendo, achicando y casi anulando por completo al otro hombre: el hombre antiguo, su rival, poderoso en un principio, con energías que parecieron inagotables, y luego cobarde y parapoco, tanto, que le he visto escurriéndose por los rincones, como gallo desplumado, después de una dura pelea en que llevó la peor parte.

Son tantas las cosas que por mí pasaron; de tantos y tan variados modos hióme con sus dardos divinos la Gracia, que yo, el más ruin de los pecadores, me considero en la obligación de abrir el cauce de los espirituales desahogos, y poner antorchas de luz clara en los

caminos que recorrí, para que todos vean la hondura de los precipicios en que mis maldades me despeñaron, y las escalas milagrosas por donde, ciego para las enseñanzas de la experiencia, ascendí salvado mil veces, y de donde otras mil veces caí, perdido en laberintos que yo convertí en cuevas ocultadoras de mis reprobables fechorías.

¡Y con qué perfección y relieve surgen en mis pensamientos, cual diabólicas esculturas, los hechos de mi vida mundana y pecadora! Para que la soberbia no me engría, delante de mis ojos, como en un una pantalla adherida a ellos, siempre estoy contemplando el cúmulo de mis perversidades. Parece esto un castigo horrendo, que no podría soportar el corazón, y sin embargo no es así. Contempladas fuera de mí, frente a frente, mis maldades, me llenan de congoja, me ponen cilicios de aguzadas púas en lo más íntimo de las entrañas. Pero también, en amalgama que uno a sí propio sabe explicarse, siento por mi ser todo, al ver el hombre que yo era, una alegría desbordada, que me baña en recónditas complacencias. Y en lo más hondo de mi pecho levanto un altar, para ofrecer en él mis gratitudes al Dios bueno, que me dió con generosidad sin límites, fuerzas para rematar el camino extraviado en que yo tenía todas las potencias de mi alma entretenidas, y como absortas y fascinadas, presas en los calabozos del vicio.

Con lo que va escrito, no quiero decir que de tal modo me haya desprendido de mis viejos hábitos, que ya me vea libre de acicates para el mal. No. De barro vil y mezquino está mi cuerpo fabricado, y de vez en cuando, me doy cuenta de que dentro de mí surgen, debajo de las antiguas cenizas, restos de los que parecían ya extinguidos llamaretazos. Y en mi cuerpo se mete ardor de liviandades, y en mi cerebro se hace la luz de unos raciocinios que quieren cubrir de rosas los guijarrales áridos que ya conozco, donde el agua no apaga la sed, y el gozar va lleno de acideces, y amarguras, y hastíos, que son los pozos inevitables que se encuentran al beber hasta apurarla, con ansias rabiosas, la copa dorada de los placeres de la carne.

Porque, ya conozco las tretas de que se valen, para hacerme desandar lo andado, los siervos de Satanás. Y aunque la fortaleza en que yo me cobijo es débil, reconcentro en ella vigiliás y ayunos, y mortificaciones de toda especie, que son armas invencibles que Dios pone en nuestras manos, y nada pueden contra mí todos los ejércitos desatados del Infierno.

En ocasiones, tan magullado está mi cuerpo todo y tan seco e insensible mi paladar para otras dulzuras que no sean las del espíritu, que cuando vienen a importunarme los diablillos de la tentación, me echo a reír en su cara, y salen de mi celda burlados y corridos de su chasco, y se van fuera de las tapias de este santo retiro, y allí se quedan mordiéndose las uñas de rabia, y rechinando los dientes con indignación, haciendo nuevos ensayos y preparativos para

fascinarme y embobarme con los muñecos que se traen entre manos, pintados y acicalados de manera tal, que bien se los entran por los ojos a los que no conocen el secreto de tales amaños y embadurnamientos.

Ahora mismo, mientras yo voy trazando estas líneas, siento bien claramente volar alrededor de mí los moscardones fatídicos de la vanidad. Dan vueltas, trazan giros vertiginosos, se lanzan, como balas disparadas, en una dirección, se quedan asentados, cual si hubieran encontrado ya el objeto de sus inquietudes, y entre todos, con una celeridad prodigiosa, van tegiendo la sutilísima tela de araña en que quieren enredarme, sacándome de las casillas de mi tranquilidad. Y me dicen con el zumbido de sus alas verdosas:

Eres tonto, tonto de remate, estando metido entre esas cuatro paredes, con estrechuras, e incomodidades más que propias de hombres, dignas de lagarto agazapado en el escondrijo de la pared ruinosa...

Con sólo quererlo, con un esfuerzo mínimo de tu voluntad, volverías a sentarte en el magnífico despacho que abandonaste por tu gusto, en aquella casa donde estabas rodeado de todas las comodidades y refinamientos de un gran señor...

Ahí en las rodillas, encima de una tosca tabla, tienes el papel colocado, de tal guisa, que mejor lo tendrías quizás en el mismo suelo de ese cuchitril, donde, por un gesto, seguramente caprichoso, de tu voluntad, te hallas sepultado vivo...

Acuérdate de tus éxitos de hombre rico; de cuando la concesión de una re-

gia merced, o un gesto de altruismo, o un triunfo en la política, era motivo para que los periódicos echasen a vuelo las campanas de sus entusiasmos, plagados de adjetivos que tanto te enorgullecían; de cuando las grandes revistas ilustradas publicaban fotografías de ti y de tu hogar, al lado de las páginas de arte, de los retratos de cantantes y de toreros famosos...

Acuérdate...

Sí, sí, me acuerdo de todo, como si ahora mismo hubiese ocurrido. Pero todo eso pasó ya. Incomodidades, estrecheces, mortificaciones de la carne... Esto es lo que ahora tengo, esto es lo que poseo, como un gran tesoro del espíritu...

¡Y menos tenías tú, Cristo mío, Jesús adorado, que ahí en el crucifijo me enseñas tu imagen bendita, ungida de todos los martirios!...

¡Ay, por qué por qué, al ir escribiendo lo que escribo, se me llena de ahogos el pecho, y se me nublan los ojos, y, en el cerebro me arden, en una pira insofocable, ideas tumultuosas...?

¡Ermitas, amadas, fervorosamente amadas Ermitas de Córdoba! También aquí me llegan las angustias, las dudas terribles, los traqueteos formidables de vendavales y borrascas que dentro de mí, y a mi alrededor, nacen y se desarrollan con inauditas violencias. Pero, como en una navecilla blanca, en la altura de esta montaña, que se levanta hacia los cielos, cual una ola gigantesca en el mar, voy, naufrago de pesares, avanzando, avanzando... El azul luminoso y diáfano, lo veo cerca, más cerca de mí, cada vez. Y para arribar al seguro puerto, como un ancla divina, este

crucifijo se me ofrece, pleno de todas esperanzas.

¡Cristo mío, Cristo asesinado en la Cruz! Toma la humilde ofrenda de una flor ajada: mis labios pecadores que te besan fuerte, fuerte, hasta que ese mismo clavo que atraviesa tus pies, haga en mi boca heridas, y brote mi sangre que se mezcle a tu Sangre redentora...

II

AL volver hoy a ponerme, con la pluma en la mano, de cara a estas cuartillas donde he principiado a narrar algo de lo que dentro del corazón tengo guardado, y que del corazón quiere salirse, me ha venido a la memoria un hecho, el más importante y transcendental de mi vida.

Como el agua rezuma por las grietas de la peña, porque ya no puede resistir el impulso de las corrientes del suelo, hinchadas y poderosas, y quiere dar a luz la alegría de una fuente, desatada en borboteos juguetones, como retozos de niño, así, de mi interior, colmado ya, fluyen y quieren manar las confidencias.

Igual que este número de blancas páginas en que me apoyo, eran mis años venideros.

Y lo mismo que yo ahora voy llenando de negros garabatos, con la pluma, la blanca superficie, día tras día fui grabando mis actos en el plano virgen de la vida. Al revolver después en la memoria, pocas veces hallo líneas simétricas indicadoras de ordenada pulcritud. De igual manera que en los cuadernos de los muchachos desaplicados de la escuela se hallan borrones y tachaduras,

y signos torcidos y mal puestos, a todo pasto encuentro yo en el libro de mis recuerdos, páginas y más páginas, que sólo mirarlas da grima y vergüenza. Como a aquéllos el maestro, veo yo que, para guía y buena regla, Dios me había dado rayas firmes y seguras: el entendimiento y la conciencia, a fin de que, con algún cuidado, no hechase fuera de sus límites justos y debidos, la pluma de mi libertad. Pero tan terco y mal inclinado fui, que más bien parece que las rayas me sirvieron de estorbo que de otra cosa; porque más escribí fuera de ellas que a su sujeción, gustándome también emborronar y pintar muñecos, y feas figuras, en las blancas márgenes del cuaderno, haciendo resaltar de ese modo mis caprichosas aficiones.

He aquí, arrancadas del montón enorme que eché a perder, unas páginas del libro de mi existencia, para que bien claro se vea que no quiero poner vagas generalidades, de muestra de mi malidad.

En la dehesa más importante que yo poseía, y donde, de vez en cuando, pasaba temporadas, entretenido con la caza, que la había, y muy buena y abundante, hombre de mi confianza absoluta, tenía yo un hombre, que sin ser administrador manejaba muchas veces mi dinero, y sin ser guarda, siempre velaba por mis intereses con honradez y hábil diligencia, verdaderamente ejemplar.

El tío Jeromo, llevaba escrita en la frente, con los surcos hondos de sus arrugas, toda la energía de su alma y toda la fiera nobleza de sus instintos. Más que alto y erguido, era rechoncho, achaparrado, *canchúo*, como dicen en aquella tierra.

Ancho de espaldas, de pecho amplio y levantado, de músculos como varetas de encina, y de pelambre espesa y abundante: florecimiento extraño de energía indómita y de natural fortaleza. Así era el tío Jeromo.

Y sin embargo de esto, en contra de lo que a primera vista daba a entender, aquel hombretón, recio como el cubo de una muralla, tenía delicadezas de flor, y gestos e ingenuidades de niño.

A moco tendido le vi llorar más de una vez, cuando yo leía el periódico, y él, sentado en una banqueta, o en el mismo suelo, escuchaba, alelado, la lectura.

—¿Por qué llora usted, tío Jeromo? —hube de preguntarle un día.

—Corcio, por ná— me contestó—. Porque oigo la ledienda, y muchas cosas no las entiendo. Y lo mesmo que la argarabía de los pájaros, el ruio de la lertura me se mete pa drento, pa drento, y me pone las entrañas más blandas que la manteca, y me sube pa arriba una agüina que me nubla los ojos...

Y se echó luego a reír, limpiándose con el revés del puño cerrado los lagrimones, que caían deshechos, cual pedazos de diamantes, por la piel tostada de las mejillas.

No la desconfianza, ni la duda siquiera cabía ante el aplomo definitivo y la ruda sinceridad transparente, de aquel hombre.

Sin bajezas y sin remilgos, nunca vi criado más fiel y más completo. Hasta cuando no se le mandaba, muchas veces, con insospechada agudeza, averiguaba él servicios que cumplir y finezas que llevar a cabo.

(CONTINUARÁ)



"LA BODA DE QUINITA FLORES"

Un efecto de ambiente

POR JORGE DE LA CUEVA

ARRANCA la acción de Madrid; no hay en el primer acto ni tienen los personajes principales ninguna nota de origen, ningún carácter regional, y sin embargo es, a nuestro modo de ver, la obra regional más honda, más certeramente vista y mejor lograda de cuantas se han estrenado en lo que va de temporada y en algunas de las anteriores; y es además un ejemplo interesantísimo del poder absorbente de los ambientes locales.

Comienza lo regional en el segundo acto, en la pintura de aquel balneario andaluz de Marmolejo (no sabemos por qué se ha desfigurado el nombre) al que han sido llevados en esta ocasión los Quintero por un asturiano, por Armando Palacio Valdés. No lo dicen los autores, pero bien lo proclama «La hermana San Sulpicio» que queda en las manos de Quinita Flores, como se deja abierto sobre la mesa de trabajo el libro que nos despertó una evocación o nos sugirió una idea.

Aquel castizo y xenófobo refrán: De fuera vendrá quien de tu casa te «echará», ha sido desmentido en esta ocasión; uno que vino de fuera y que supo ver las bellezas de Andalucía, es el que ha

traído a estos autores a su casa, a sentirse bien en el ambiente natal, a respirarlo a pleno pulmón, a recordarlo, a saturarse de él para pintarlo de maravillosa manera.

Y es tal la fuerza que el ambiente local tiene sobre todo, fuerza que se advierte más aun en el teatro, que una vez logrado, se impone a la acción, a la manera escénica, a los personajes y aun a los mismos autores. Llevados por el fondo naturalista que hay en todo ambiente real, dan en la espontaneidad enemiga de todo propósito de modo y de técnica; desaparece así esa modalidad nueva de los Quintero, que pudiéramos llamar de exceso de autor, esa manera escueta y seca en que los personajes demasiado conducidos no se expresan ni manifiestan libremente, ni llegan a hablar su propio idioma, reflejo de su idiosincrasia, manera con que se inicia la obra y rige en todo el primer acto.

Los personajes en el segundo respiran a sus anchas, se mueven a gusto, tienen un fondo en que apoyarse, hay una verdad fundamental que sirve de contraste, de diapason a la verdad particular de cada uno de ellos y se funden las reservas y se aflojan las tiranteces y todo es fácil y gustoso y sencillo.

El ambiente aporta tipos nuevos, verdades nuevas, como nacidas de él: aquel portento de fraile, aquel primor de jardinero, aquella gracia idílica de la pare-

jita de criados; y al contacto de ellos los personajes centrales se humanizan, llegan a vivir una vida asequible y real y se van expresando en aquel diálogo vivo, gracioso y flexible.

Llega a más la influencia del ambiente, llega hasta a explicarnos la transformación moral, el proceso ideológico y psicológico del personaje central, de Quinita Flores; no sabemos si los autores habrán pensado en ello; nosotros vemos hasta una influencia del medio y del paisaje, tan proclamada por los psicópatas, aunque un poco rápida en este caso. Se nos antoja que en otro país, sin la influencia de la primavera, sin aquel ambiente amoroso que recuerda el milagro de «*El mágico prodigioso*», la evolución espiritual de Quinita Flores no se habría logrado, no habría llegado a advertir tan pronto que lo que hasta entonces tuvo por amor no lo era, que es después de todo la síntesis de la comedia.

El tipo de Eugenio, complicado dentro de su espontaneidad, aparece como un producto del medio; en otro ambiente hubiera exigido mayores justificaciones y antecedentes: allí es lógico, natural, y tal tipo, en combinación con el encanto de «la glorieta de las cuatro esquinas» lugar de delicia, la magia de la noche estival andaluza y el hechizo de unas palabras de amor justifican, explican y hasta hacen necesaria la exaltación de Quinita, el arranque impropio de su carácter, su decisión firmísima; todo lo que puede parecer rápido, brusco y endeble en el tercer acto. ¿Está clara la influencia del ambiente?

Pues aún llega a más, llega hasta el público; para él el ambiente da carácter

a la comedia, en el ambiente toma gusto y cariño a los personajes, en él los conoce; más aún, en él reconoce a los autores y al aplaudir, olvidado del primer acto, de la prudencia de la heroína, aplaude una bella comedia andaluza de los hermanos Quintero.

Jorge de la Cueva

Madrid

ALGO SOBRE LA PELÍCULA "NOBLEZA BATURRA"

POR FERNANDO LUNA ARENAZ

MADRID ha «saboreado» o se dispone a «saborear» esta película de argumento y acción netamente aragones.

Aquí en Zaragoza, anhelábamos ser los primeros en verla proyectada en el blanco lienzo de la pantalla, y al fin lo conseguimos.

Así podemos, nosotros aragoneses y con más autoridad que nadie, criticar o ensalzar, aplaudir o protestar de una cosa planteada sobre nuestro genio y hecha en nuestra misma tierra.

«Nobleza Baturra» tiene algo bueno: su construcción.

Es de una técnica soberbia, jamás por película alguna española igualada; pero una vez más, la precipitada pluma de los escritores, ha creado lo que yo llamo una «*baturrada*».

El glorioso y rancio pasado de Aragón, se presta, como parte alguna de España no puede prestarse, a la asechanza de la literatura, cualidad poco común, gloriosa e ingrata en el hombre, pero temible cuando se emplea mal.

Se ha escrito mucho al calor de Aragón.

Se le ha situado en el tinglado de la

farsa escénica y en las páginas de los libros, las más de las veces ridiculizándolo, bajo la pretensión de ensalzar su rancio pasado.

Todavía, después de tantas tentativas y bravatas literarias, está por escribir la obra netamente aragonesa.

Empezando por esos llamados «cuentos baturros», pletóricos de sandeces, que dicen bien poco en favor de Aragón, y terminando en esas producciones de altos vuelos literarios, como dije antes, se ve el abuso que ante la incapacidad de los más, para poder ver claro y protestar, se ha cometido, se comete y se cometerá, si Dios no lo remedia, con la espiritual y material riqueza de Aragón, ante la indignación de los entendidos, que son los menos.

Peliculero, en verdad, por lo intrigante y bien pensado, es el asunto que Dicenta imaginó para su película.

Pero los protagonistas de «Nobleza Baturra», si quisieron hacer su papel al igual que si fueran de la «tierruca» debieron de vivir el tiempo necesario, en Borja, por ejemplo, pueblo aragonés que tan importante papel juega en la película, para aprender cómo se viste, es decir, como se vistió en tiempos en Aragón. Para detallar en los epígrafes de la película, cómo se habla en nuestros pueblos, esa labor debió de encomendarse a la experta pluma de algún costumbrista aragonés, Juan J. Bañolas, por ejemplo, que es a mi entender el mejor de ellos.

Resumiendo, resulta que Aragón sólo puede exigir su paternidad y sólo puede pedir como verdaderamente suyo en la producción de Dicenta, el paisaje, orgu-

llo de España, y esa comparsa de gente de pueblo, especialmente las viejas, borjanas legítimas, amén de las hermosas vistas del Templo del Pilar.

Presumo y estoy seguro de que el señor Dicenta,—a quien con esta crónica no pretendo ni tengo autoridad siquiera para restarle valor literario alguno a su pluma, tan brillante como la de su señor Padre—se ha guiado por el argumento y el fracaso de «La Sombra del Pilar», la cual representan todas las noches en Madrid, con gran éxito, según parece y aquí en Zaragoza fué una de las muchas obras con justicia «pateadas».

Se ha guiado, no ignorando que lo que en el teatro es irrealizable o puede fracasar, en la pantalla es éxito seguro. Y a fe, que lo ha conseguido y confieso que con verdadera maestría.

El verdadero valor de la película, lo que hace que obtenga el triunfo que obtiene y más, fuera de Zaragoza, es la forma, el acierto verdaderamente maravilloso con que se ha sabido filmar el interior del Templo del Pilar.

No se ha presenciado en Zaragoza película alguna acogida con tan grandes aplausos y vivas como esta que nos ocupa, ante la vista del interior del Templo, la imagen de la Virgen y su capilla.

Vivas a Aragón y a su Virgen del Pilar brotan de todos los labios acompañado todo ello de aplausos atronadores.

Este es el «tesoro» y el «éxito» de «Nobleza Baturra».

Fernando Luna Arenaz

Zaragoza y enero de 1926



De cuantas obras nos sean remitidos dos ejemplares, se hará mención, más o menos extensa, según las circunstancias, en la sección esta, donde se publican también artículos de crítica de nuestros colaboradores.

Después de haber leído «Santa Rogella»

EL VIEJO ARCÓN

POR JOSÉ DE ORELLANA

RECIO, incommovible, se yergue, en lo más alto, el Palacio señorial, con fábrica de fortaleza para resistir ataques enemigos, y saqueos venales, y borrascas de azotadoras lluvias y arruinadores años.

El Palacio, envuelto en su caparazón de piedras musgosas y renegridas, parece vivir su vida íntima, ausente de la zozobra de los días que pasan, absorto en su mutismo secular y heroico. Apenas se ven las ranuras de sus troneiras, pupilas brujas, entornadas en una disimulada somnolencia, que es fría seguridad de centinela vigilante. Como los remates de una colosal corona—de oro en el milagro de los crepúsculos de fogaratas luminosas—, las almenas encumbradas señalan el azul infinito, claro y radiante, de los cielos de España.

De par en par—quietos y sosegados los chirriadores goznes, colgantes las aldabas poderosas, mudo el fuertísimo cerrojo, perdida la llave de la cerradura llena de laberintos y de recobecos—, están las puertas ferradas, de historiados clavos que exornan toda la superficie

de las grandes hojas, que en las paredes laterales se recuestan, cual si rendidas hubieran caído allí, por el largo ajeteo de su pesadumbre. El aldabón, remachaba su base por las llamadas antiguas, aún tiene en los bordes el brillo del desgaste, como un leve recuerdo encendido de las inseguridades y de los celos, de la majestuosa gravedad que expandían sus sonoros avisos por las galerías abiertas y por las cerradas estancias misteriosas. Todo un mundo habita en el Palacio señorial y austero. Un mundo de personajes sin realidad corpórea, mas con firme, segura, imborrable personalidad espiritual. No viven con el movimiento de la sangre caliente de los músculos en tensión. Su existencia en cambio atesora el milagroso don de multiplicarse infinitamente, de recorrer con velocidad incomparable el universo entero, con ubicuidad perenne, no conociendo más barreras ni más obstáculos que los que separan los ojos y los oídos del corazón.

Peregrino escondite el que escogieron para habitar estos magos personajes, que viven agrupados, sin confundirse nunca, en arcones lustrosos de caoba, con plateados herrajes adornados. ¡Arcones venerables, severos y artísticos,

guardadores de divinas esencias de Vida, que la fantasía creó, a lo largo del tiempo! De la noble madera del castellano estáis hechos, y corazón y alma de la España grande, atesoráis, con largueza pródiga! Adornad, llenad de fragante poesía las estancias del señorial Palacio. ¡No podrán arrinconaros nunca, viejos arcones, siempre flamantes, los cachivaches embadurnados y empapelados, frágiles y pasajeros, bonitos y relucientes, que en los hotelitos de yeso y de viguetas, ostentan vanidosos e insustanciales, su triunfo de una temporada!...

* * *

Palacio Valdés ha publicado hace poco «Santa Rosalia». A modo de prólogo, el glorioso Patriarca de las letras españolas, dice lo siguiente:

...«Este mi libro al lado de tan brillantes producciones hará la figura de un viejo arcón empolvado y carcomido en medio de un lindo gabinete moderno coquetamente amueblado»...

José de Orellana



EN TORNO A "SEMBRAD..." DE CRISTINA DE ARTEAGA

POR JESUS PABON

ESCRIBEN muchos y gustan algunos en nuestros días de una poesía lírica tradicionalista. *Romántica*, fantaseando lo pasado sobre sus ruinas; o, más estrechamente, *clásica*, actualizando, de plano, lo que fué; poesía a la *castellana*, de templo y de campo, mística y guerra, lira y romance de R. León; poesía a la *andaluza*, de salón, de un amor no

exaltado sino ingenioso y galante, madrigal y soneto de Rodríguez Marín. Ahogaron, en su imposición del viejo asunto y de la vieja forma, algún robusto y joven temperamento poético como el de Pemán.

Pero esta poesía no puede ya satisfacerlos. Un día abandonamos, en el tren, la ciudad; bajo el brazo un rintero de periódicos con que matar el aburrimiento del viaje. Y no es posible; los periódicos dicen todos lo mismo, de la misma ciudad que atrás quedó. De este tedio sólo podrá curarnos el paisaje; abrir al campo la ventanilla, unirnos con la vista al tren que marcha y contemplar la hermosura de las tierras que atravesamos. Era este el camino abierto a toda la poesía moderna (independiente, modernista o regional).

Pero un paisaje lírico (mantengamos la vieja división) había de ser un paisaje subjetivo, momento sorprendido en el curso de la vida interior. ¿Al contacto de lo externo? Tal vez: pero tan subjetivo que, como en el cambio estudiado ya en la pintura, fuese lo externo un medio de describir el estado de nuestro espíritu, y no éste un simple reflejo de lo externo. No buscar lo externo, al representarlo, sino lo que de él llegó a nosotros, la sensación que en nosotros despertó. Ante el lienzo que pinta, Holbein ve perfectamente la cabeza de su modelo; del cuello de encajes sólo llega un jirón de luz blanca; pero quiere pintarlo tal como es; se acerca, lo examina, vuelve atrás y lo reproduce línea a línea, en todos sus pliegues. Un impresionista no se moverá del lienzo y trazará lo que ve desde allí, una mancha blanca indefinida. Transformado lo ex-

terno en sensación pura dentro de nosotros, al representarlo, daremos algo distinto de lo externo, que responda, mejor que a lo visto, a la sensación que en nosotros despertó.

Dejar al alma vivir su vida, sola o al contacto de lo objetivo, y en el curso de ella sorprender los momentos felices y cristalizarlos en poesía. Dió ello sus espléndidos frutos; recorrimos así las galerías del alma, de A. Machado, los paisajes del corazón de J. R. Jiménez.

Ha vuelto a mí tal pensamiento al leer esta colección de versos de la hija de los Duques del Infantado. Tal vez nunca caiga en nuestras manos un libro que al solo abrirlo despierte una tan tierna devoción como «Sembrad...». Exquisita riqueza en toda su parte material (impresión, ilustraciones), prestigio de su Dedicatoria (a la Reina Madre), de su Prólogo (Maura), del nombre de su autora...; todo olvidado finalmente en la lectura de los versos que son ni más ni menos paisajes del corazón, unos magníficos paisajes del corazón de Cristina de Arteaga, momentos los más variados de la vida de un alma encerrados en las más variadas formas.

«Invernal» (corazón en invierno, amor muerto), «Por la estepa dolorosa» (corazón sin amor, desierto), «Crepúsculo» (luz moribunda de la tarde que nos conmueve dulcemente aunque queramos ahogarla en el recuerdo de la luz del sol; amor melancólico, piadoso, que arde «con quietud de lámpara» y luce un momento aún en medio de un amor de «inextinta hoguera»), «Vesperal», «Soledad» y «Corazón de mujer», cinco trozos poéticos, descripción de toda una vida del sentimiento femenino, des-

de la necesidad de amar (I) hasta la de no ser amada (V), que tiene como precioso medallón, anverso y reverso (III y IV), un amor de amar como San Agustín ha dicho, afán sin objeto, deseo no vertido afuera, que atormenta y consume al que lo sufre «como un cirio—disuelto en su propia llama», y un amor triste en la soledad que necesita comunicarse y llorar reclinando la cabeza sobre el corazón que ama.

Junto a este amor humano, el divino tiene todas sus manifestaciones en «Coronas», «Un grito en las tinieblas», «Padre, si es posible» y en aquella otra «Pasaste, Jardinero», de una gracia extraña y sugestiva, palabra bíblica en verso modernista, flor que, ardiendo en llama mística, conserva su frescura lozana con llanto del rocío.

¿Y la forma? Yo diré que alcanzóse en el libro lo que entiendo es su total perfección: no diferenciar la idea de la forma, no dejar percibir esfuerzo alguno por encajar tal pensamiento en una forma preconcebida; nacieron juntos y son la misma cosa. Aquella firmeza de la pasión de «Le quiero» es una cosa con sus estrofas firmemente talladas, repitiendo en sus versos iguales, en sus consonantes idénticos la misma afirmación del mismo cariño. Aquella infirmeza del amor de «Crepúsculo» es una con la vaguedad de sus versos desiguales que llegan a nosotros sueltamente como notas de una música de lejanía. Digámoslo (para decirlo bellamente) con el Prólogo: nacieron «directamente del asunto... la luz, el impulso y la medida». Y nada más. Todo será poco para dar idea de «Sembrad...» sin leerle; todo sobrará si los versos no se leen.

Yo quisiera haber puesto una nota de sencillez y al mismo tiempo de admiración entre el cúmulo de epítetos entusiastas con que se acoge esta soberbia producción de Cristina de Arteaga. Maura nos habla en el Prólogo de sus triunfos oratorios; la Universidad de Madrid, otorgando la máxima calificación a su Tesis Doctoral de su éxito como investigadora; a los que le oyeron en unos y le leyeron en otra, está reservado conocer los frutos varios de su prodigioso talento, y aquella emoción tierna y honda, producto de su intensa feminidad, que es como el sello de su persona, y sabe

poner aún en lo menos propicio a la emoción.

Todos podremos conocerla en este libro de versos, maravilla de poesía, espléndida realidad que hace pensar en las infinitas posibilidades de la juventud de su autora, que hondamente sugestiona y conmueve despidiendo, quintaesenciada, página a página, aquella emoción tierna y honda, lo que llamara el Dante

«uno spirto soave e pien d'amore
che va dicendo all'ánima: Sospira.»

Jesús Pabón

Profesor de la Universidad de Zaragoza.

2 de Diciembre de 1925.



“Los Lunes de “El Imparcial”

Número del 3 de Enero:

—Crítica literaria: Balance lisonjero, por Luís Astrana Marín.

—Nieva en la Aldea (poesía) por Crescencio Aragonés:

Número del 17 de Enero;

—Crítica literaria: Poesías de Baltazar de Alcázar, por Luís Astrana Marín.

—Motivos españoles: Madrigal a Valencia hembra, por Miguel de Castro.

“España y América”

Hemos recibido el número de Diciembre de esta importantísima Revista Comercial, que dirige con tanto éxito el ilustre escritor gaditano Eduardo de

Ory. “España y América” publica en todos sus números el interesante suplemento “Literatura Hispano Americana”

“A B C”

Número del 1 de Enero:

Rasgos literarios del año 1925, por J. López Prudencio.

“Raza Española”

Número de Septiembre-Octubre:

—Doña Blanca de los Rios de Lampérez, (con un preámbulo del Consejo de Redacción), por A. Gómez Restrepo
—Novelas toreras (conclusión), por el Conde de las Navas.

—El Callejón del Diablo, romance, por Fernando de los Rios.



NAVARRA

“Los Amigos del Euskera” “Euskeraren adiskideak”

SE crea en Navarra una nueva Sociedad con el nombre «Los Amigos del Euskera» «Euskeraren adiskideak».

Esta nueva Sociedad, se regirá con arreglo a las siguientes bases:

Primera. La Sociedad tendrá un carácter exclusivamente cultural, pero exento en absoluto de toda idea, tendencia, y un matiz políticos, máxime si son opuestos a la unidad de España.

Segundo. Podrán formar parte de ella todos los navarros y quienes no siéndolo se hallen vecindados en Navarra.

Tercera. La sociedad estará compuesta por una Junta de siete individuos que elegirán por mayoría el presidente, el secretario y el tesorero.

Cuarta. Cuando el número de adhesiones lo permita, se creará una Junta de señoras que funcionará simultáneamente, de acuerdo con las bases enunciadas, secundando la labor de la Directiva.

Quinta. El objeto de la Sociedad consistirá principalmente en enseñar, sostener, fomentar y extender el euskera, valiéndose de los medios más apropiados y eficaces a juicio de la Junta Directiva.

Sexta. Procurará también el resurgimiento de las costumbres, diversiones y deportes, tradicionales, especialmente de la música, canciones, bailes y juego de pelota.

Séptima. Será excluido todo el que en actos de la Sociedad hiciere manifestaciones contrarias a la primera base.

FUNCIONAMIENTO

La Junta se renovará por mitades cada dos años y los nuevos vocales serán designados por los votos de todos los vocales anteriores.

Los socios satisfarán una cuota anual de seis pesetas como minimum, la que se cobrará por trimestres, pero podrán pagarla íntegra por anticipado si así les pluguiere. Tendrán derecho a fiscalizar la inversión de los fondos de la Sociedad y a proponer iniciativas por escrito que deberán ser estudiadas por la Junta.

Habrán también socios honorarios y socios protectores, que podrán ser particulares o Corporaciones, como Ayuntamientos, etc.

Y finalmente, otra categoría de socios colaboradores que no pagarán cuota alguna, sino que se comprometerán a realizar en la comarca donde residan, la labor que la Junta Directiva les designare, sobre todo para la época de las fiestas anuales que la Sociedad organizare.

En caso de disolución de la Sociedad, los fondos que obren en su poder pasarán al de la Excm. Diputación, que deberá destinarlos al fomento del Euskera en la forma que estime procedente.

El domicilio social será el de la presidencia.

Pamplona. Jenaro Larrache.—P. Dámaso de Inza. — Gerardo Valcarlos. — Miguel Inchaurrondo.—Miguel Esparza.—José María de Huarte.—Domingo Beunza.



G A L I C I A

Letras gallegas

Los escritos en prosa

EN el resurgimiento sobrevenido en la literatura gallega a raíz de mediado el siglo XIX, si bien la poesía alcanzó un grado de espléndida florecencia, en cambio ofrecían marcado contraste con ella los trabajos en prosa, cual si *a nosa meiga fala*, estuviera en tan enervante estancamiento, que tan solo acertara a librarse de él en las manifestaciones líricas.

Contadísimos son, por tal efecto, las obras que en este período, y hasta el año 1900, aparecen, por intervalos con mayor o menor solución de continuidad escritas en prosa, y para eso con el marcadísimo carácter de un tímido ensayo. No parece sino que se habían perdido u olvidado las gloriosas tradiciones medievales de que entre nosotros se escribían y traducían a la lengua del país obras de la importancia y significación de que son muestra la *Crónica Troyana*,

(1) en el siglo XV; *Libro VI del Códice Galixturo* (2), *Crónica de Iria* (3) *Historia de Iria*, en el siglo XV; *Historia gótica o Cronicón de Don Seivando* (4), del siglo XVI; y traducciones de *Las Siete Partidas*, de *Flos Sanctorum*, del *Libro de Albeitería* del caballero Jordano Rubio de Calabria, y otras varias obras, en las centurias XIII y siguientes (5).

Entre los ensayos de que hablamos más atrás, apuntan las nuevas tendencias para acometer empresas de más fuste que la profusión de cuentos y relatos cortos, tan prodigados en nuestra literatura por ser género en que tanto sobresalen nuestros escritores, dado el especial *humour* de la raza (6). Inician-

(1) Publicóse en edición muy cuidada, con apéndice gramatical y vocabulario por A. Martínez Salazar, Coruña, 1900: Julio Corim, dió a la estampa en Turin, 1901, un fragmento de esta Crónica.

(2) *Villa-azul y Castro*, lo reprodujo en «Galicia Diplomática», Santiago, 1882-1889. El P. Fita y J. Vinson, lo hicieron en el «Boletín de la Academia de la Historia», en 1882 y luego en París, en el mismo año. López Aydillo, con el libro de «Os miragres de Santiago» con un estudio crítico, Madrid, 1918».

(3) Vió la luz en la citada «Galicia Diplomática».

(4) Lo insertaron «Revista de Galicia», Santiago, 1850 y «Galicia» Coruña, 1860-1866.

(5) Estudiaron y dieron facsímiles de algunos folios de «Las Partidas» y «Flos Sanctorum». Martínez Salazar, P. Atanasio López y O. Arce. De la «Albeitería» saldrá en breve una transcripción por Martínez Salazar.

(6) Libro popularísimo es «O Catecismo do Labrego» por Marcos da Portela (V. Lamas Carvajal) cuya salida es de 1886 y que continuamente se reimprime.

se, pues, la novela histórica, de la que teníamos ejemplos, pero en castellano, con *Proezas de Galicia*, reimpresión en 1893 de la del año 1810, original de Fernández Neira; *A Tecedeira de Bonaval* y *O Castelo de Pambre* de López Ferreiro (1894-1895); la novela costumbrista (de la que hay abundante producción, mas también en la lengua del centro, con *Maxina* de Marcial Valladares (1880); *Xuana* (1886) y *Os fillos da praya* (1887), de Manuel Amor Meilán; *Ferruxe* (1894) de Aurelio Ribalta; *A Cruz de Salgueiro* (1899), de Jesús Rodríguez López, etc., etc.

Así mismo apuntaron ya las publicaciones didácticas y las traducciones de los clásicos como *Resume da Historia de Galicia, da Literatura galega y Geografía de Galicia*, por Florencio Vaamonde (las tres en 1898); *A Literatura galega*, de Joseph Aladern, versión del catalán, de 1898, y *Libro IV da Eneida y Epístola a los Pisonés*, por el citado Vaamonde, en 1897.

Estos mismos tiempos se señalan por un hecho trascendental que había de influir decisivamente en el desencamijamiento en que yacía la lengua gallega, por haber quedado restringida al uso exclusivo de las gentes aldeanas y de las humildes de las ciudades y todo lo más a la intimidad del santuario de los hogares, en las clases elevadas de la sociedad.

Rompiendo los añejos prejuicios que la tenían como encadenada, el habla materna irrumpe valientemente y pasa al pleno dominio público, consagrándose como lengua de un pueblo, por la feliz iniciativa de emplearla como medio eficazísimo de propaganda en el solemne

mitin solidario que se celebró en la plaza del Campo de la ciudad de Betanzos en aquel día, desde entonces inolvidable, del 5 de Octubre de 1907.

De tan saludable ejemplo subsiguióse que en las prédicas sucesivas, especialmente en la parte rural, no se hiciera otro uso que el de la lengua propia, relegando para contados casos la oficial, que malamente comprendían las multitudes, que no sacaban así todo el fruto apetecido de aquello que oían.

No; no era que ya de atrás se hubiera quedado al margen de la vida la lengua vernácula para que de ella pudiera llegar a creerse que iba ya de vencida por la castellana; pero eran tan escasos los determinados actos públicos, sobre todo los literarios, en que se dejaba oír en las ciudades y pueblos importantes, que su empleo se hacía más como *posse* y en procura de determinados efectos que por otros motivos, y así como su rumor no iba más allá del recinto en que sonaban sus acentos, para muchos era como cosa muerta y que pertenecía por entero al pasado de los recuerdos.

Mas, a partir de aquel señalado día, adquirió el gallego tan súbita expansión vital, que al crearse en 1916 las *Irmandades da fala*, puede decirse que encontraban todas las dificultades ya vencidas.

Generalizóse, y es ya de uso preferente y constante: como sucede en la tribuna de la «Reunión de Artesanos» de la Coruña, y genuino Ateneo de Galicia; en el «Seminario de Estudios Gallegos» de Santiago y en los «Discursos» de recepción en la «Real Academia Gallega» de la Coruña. (*Continuará*)

Coruña

Eugenio Carré



“Currito de la Cruz”

Con enorme éxito se estrenó la película esta de Pérez Lugín, hermana, en el arte y en el acierto, de «La casa de la Troya».

El centenario de San Juan de la Cruz

Para celebrar el centenario de San Juan de la Cruz se levantará en la plaza principal de Fontiveros (Avila) una estatua al citado Santo.

La comisión está integrada por los señores T. Zurdo, presidente; Encinar, Valverde, Vidal Rodríguez, C. González y Don Pedro Martín, secretario, a cuyo domicilio, Juan de Dios, 6, 3º, Madrid, pueden dirigirse cuantos simpaticen con la idea apuntada.

Centro de Estudios Extremeños

Se ha creado por la Diputación de Badajoz este organismo, llamado a tener gran importancia.

La vacante de Maura en la Academia Española

Firmada por los señores Rodríguez Marín, marqués de Villaurrutia y Saralegui, fué presentada en la Real Academia de la Lengua la propuesta a favor del señor Obispo de Madrid, doctor Eijo y Garay, para ocupar la vacante de académico producida por el fallecimiento de don Antonio Maura.

También se han presentado propuestas a favor de los señores Alcalá Zamo-

ra, conde de López Muñoz y García de Diego.

El monumento a Gabriel y Galán

El 6 de este mes se celebró en Cáceres la inauguración del monumento a Gabriel y Galán.

En el número 1 de LETRAS REGIONALES, se dedicó a este asunto una crónica. Ahora en «Blanco y Negro» y «La Esfera» hemos leído notables artículos alusivos, de Blanco-Belmonte y Cascales Muñoz, con ilustraciones.

Homenaje popular a Rusiñol

Se ha constituido la Junta para la organización de un homenaje popular a Rusiñol. Se trata de celebrar un acto en el que puedan tomar parte todos los que falta de medios no pudieron trasladarse a Sitges.

El Maestro Serrano

Por no haber estrenado en dos años, se ha celebrado en Madrid un original banquete, en honor del maestro Serrano.

Estatua de Osio en Córdoba

En la llamada plaza de las Capuchinas, ha quedado ya colocada la estatua del obispo Osio, obra notable de Coullaut Valera.

Exposición de Arte Catalán Moderno

Organizada por «El Heraldo de Madrid» se celebra estos días una importantísima Exposición de Arte Catalán Moderno.



Literatos Nuevos



Año II - SUPLEMENTO DE LETRAS REGIONALES - Núm. 7

En esta sección colaborarán fácilmente, los escritores que quieran darse a conocer. Encarecemos a todos la brevedad, indicándoles que serán preferidos los trabajos que más se acomoden al carácter regional de la Revista.

DE MI GUITARRO CORAZONADAS

Eres, maña, un guisadico;
Tu madre la cocinera;
yo el gato que, con la pata,
Devanta la corbetera.

Cuando me case, mañica,
Tengo hacete un altarcico
y ponete allí de virgen
Pa rezate como un chico.

Amor con amor se paga
Dice el refrán, digo yo.
¡Qué bien que l' himos cumplido
Hasta la fecha los dos!

Ares - Nif

MI ENVÍO

(Para Agripina C., respetuosamente)

Escuché de tus labios las cadencias
de tu boca armoniosa desgranadas;
contemplé de tus ojos las miradas
diluirse en infinitas transparencias.

Doblegué mi rodilla en reverencias
al decirte en risueñas alboradas,
que amaba tus facciones encantadas:
¡tulipán, con riquísimas esencias!

Me miraste a los ojos con fiereza,
desangrando a tus pies mi corazón
que yacía, ensalzando tu belleza.

Pero ya que mi sangre es mi pasión.
si te ensañas en ella con pureza,
te la envío. Recíbela, y ¡perdón!

Jesús Riego

ESPEJISMO

En decires y cantares
que pintaron escritores,
veo el fondo de los mares
en el cáliz de las flores...

Galicia

Miguel Hervella Urdániz

¡DE ESA MUJER...!

A Josefina de los Ríos

He visto a la Mujer en la armonía
De la noche blanca, pura y serena;
Su imagen, que ya el alma me enajena,
Es de dulce virgen suave y fría.
Por volver a contemplarla yo daría
Mi vida de amores y entusiasmos plena;
Mi alma, mi mente de ilusiones llena...
Todo, en fin, yo a sus plantas rendiría.
Y aunque élla, vil, algún día me engañara
Hiriendo implacable mi pecho y mi sér,
Sus ojos, su boca ya nunca olvidara...
Y es que las mieles que yo allí gustara
Sólo son de élla... ¡de esa Mujer!

27 - XI - 925

Fernando G. Machado

UN PASTOR EN LA MONTAÑA

(Sonetillo)

De membruda complexión,
de corta y recta estatura,
de mirada que fulgura
en dominante atención.

Con arrogante expresión
se yerque su figura,
y se incrusta en la luz pura
en extraña conjunción.

El gesto tiene espectante
del águila. Movilidad.
La voz clara y detonante,
que retumba en la oquedad.
Del cielo la calma rutilante
y del conjunto la majestad.

Guareña, 1925

Antonio Moreno

Novelas extremeñas
de
Antonio Reyes Huertas



- «Los humildes senderos.»
- «La sangre de la Raza.»
- «La Ciénaga.»
- «Agua de turbión.»
- «Fuente serena.»



De venta en todas las buenas librerías

¡Gran éxito de Librería!

FRUTA DE ARAGON

POR

G. García-Arista y Rivera

Envío 1.º — *Enverada.*

» 2.º — *Excoscada.*

» 3.º — *Abatollada* (en prensa)



EN TODAS LAS LIBRERIAS

“La Papelera de Cegama”

(S. A.)

Fabrica de Papel Continuo
CEGAMA (Guipúzcoa)

Papeles de Edición. Litografía
y de escribir

Dibujo. secante, pluma, bárba,
pergamino y registro

Papeles rayados, lisos, verjurados
y con filigrana

Especialidad en papeles tela
— y cartulinas —

La Española



Talleres de Imprenta



Impresión esmerada de Obras
Folletos, Circulares,
y toda clase de modelación
para Oficinas y Comercio
Prontitud y economía



Librería, 28

Córdoba

